

XIV Jornadas de Sociología

Facultad de Ciencias Sociales – UBA

1 al 5 de noviembre de 2021

Eje 4. MESA 156: “Guerra y sociedad. Carácter performativo, metáfora bélica y análisis histórico- concretos”.

Ponencia: William Graham Sumner: sociología y guerra

Autor: Pablo Augusto Bonavena. Instituto Gino Germani. Carrera de Sociología de la UBA y la UNLP.

El sociólogo y economista William Graham Sumner (1840-1910) alardeaba de haber sido el primero en enseñar sociología en las aulas de la educación superior, “mucho antes que nadie lo hubiera intentado en cualquier universidad del mundo”.¹ Tenía razón. En efecto, debutó frente de una cátedra de Sociología en los Estados Unidos de Norteamérica en 1876, adelantándose a Émile Durkheim, que recién comenzó con esa tarea en Burdeos a partir de 1887.² Adoptó ideas de Herbert Spencer y en sus cursos utilizó la introducción al libro *Principios de Sociología* como bibliografía obligatoria para los alumnos, aun ante la resistencia de Noah Porter, presidente de la Universidad de Yale, quien sospechaba que el pensamiento spenceriano podía generar un “daño moral e intelectual a los estudiantes” y, para colmo, propiciar el ateísmo, recelo que no disipaba el pasado de Sumner como hombre de fe y predicador.³ En aquella oportunidad, como en varias otras, batalló por la libertad académica en tanto integrante del movimiento reformista *Young Yale*, que se oponía al método de la recitación tradicional dentro del aula. Igualmente, en reiteradas oportunidades, Sumner defendió la ciencia contra las críticas provenientes de la religión.⁴ Sin embargo, con independencia de las varias controversias que lo tuvieron como protagonista, los reclamos para

¹ Curtis, Bruce (1981); *William Graham Sumner*. Boston: Twayne Publishers; p. 63.

² Puga Espinosa, María Cristina; Peschard Mariscal, Jacqueline y Castro Escudero, Teresa (2007); *Hacia la Sociología*. Cuarta edición. México: Pearson; p. 31.

³ Marín, Antonio Lucas (2011); *Sociología: el estudio de la realidad social*. Pamplona: EUNSA; p. 201. Timasheff, Nicholas S. (1980); *La teoría sociológica*. México: FCE; p. 92. Sobre los avatares de la polémica, véase Bledstein, Burton (1974); “Noah Porter versus William Graham Sumner. Church History”, in 43 (3). Published online by Cambridge University Press.

⁴ Coller, Xavier (2003); *Canon sociológico*. Madrid: Tecnos; p. 198.

que renunciara se debieron al alineamiento que adoptó respecto de la guerra de su país con España.⁵

En realidad, la adhesión de Sumner a las teorías de Spencer fue parcial debido a que desdeñaba algunos rasgos metafísicos de sus primeros escritos. Su editor Albert Galloway Keller comentó que “Sumner odiaba la metafísica y todo lo relacionado con ella”.⁶ Por ende, mostró más interés por los aspectos sociológicos de la obra de Spencer que por aquellos de tinte filosófico. Rescataba en particular aquellos conceptos que percibía como claves: evolución, activismo ciudadano, fuerzas sociales, sociedad industrial y supervivencia del más apto.⁷ A pesar de este lazo con Spencer, tal vez la mayor influencia sobre Sumner provino del historiador Julius T. Lippert (*The Evolution of Culture* 1886-1887) y los sociólogos Ludwig Gumplowicz y Gustav Ratzenhofer, más las elucubraciones de Thomas Malthus.⁸ Corresponde destacar, asimismo, el ascendiente que tuvo Harriet Martineau sobre la formación de su pensar, ya que a través de la obra *Illustrations of Political Economy* (1832-1834) Sumner adsorbió las primeras ideas sobre el *laissez-faire*.⁹

Independientemente de todo debate acerca de sus deudas intelectuales, Sumner quedó reconocido como uno de los principales representantes del darwinismo social, aunque varias opiniones cuestionan esta asignación, en parte por la atribución de un talante pacifista, tema que asumiremos de inmediato.¹⁰ También se lo rememora como un declarado enemigo del

⁵ Martindale, Don (1971); *La Teoría sociológica: Naturaleza y escuelas*. Madrid: Aguilar, p. 195.

⁶ Keller, A. G. (1910); “William Graham Sumner”; in *American Journal of Sociology*. Vol. 15, No. 6; p. 834.

⁷ Oltra, Benjamín; Garrigós, José Ignacio; Mantecón, Alejandro, Oltra; Christian (2004); *Sociedad, vida y teoría: la teoría sociológica desde una perspectiva de sociología narrativa*. Segunda Edición. España: CIS; p. 254. Acerca de las convergencias y divergencias entre la sociología de Sumner y la sociología de Spencer consultar Adcock, Robert (2009); *Rethinking Classical Liberalism in “Progressive” Times: The Divergent Sociologies of Spencer and Sumner*. Conference Paper. Department of Political Science. The George Washington University.

⁸ Adams, Bert N. and Sydie, R. A. (2002); *Classical Sociological Theory*. California: Pine Forge Press; pp. 84/85. Bannister, Robert C. (1979); *Social Darwinism Science and Myth in Anglo-American Social Thought*. USA: Temple University Press Philadelphia; pp. 99, 100 y 103. Finalmente, acerca de la influencia de Julius T. Lippert sobre Sumner, véase Webster, Hutton (1929); “Review: Sumner and Keller's Science of Society” (Reviewed Work: *The Science of Society* by William Graham Sumner, Albert Galloway Keller); in *The Quarterly Journal of Economics*. Vol. 43. No. 2. Feb.; p. 324. Revisar, además, Martindale, D.; op cit; p. 219.

⁹ Sijuwade, Philip O. (1999); “William Graham Sumner and the Scottish moral philosophers of the eighteenth century: the missing link”; in *International Review of Modern Sociology*. Vol. 29. No. 2. Autumn. Hill, Michael R. (1993); “Review of *Harriet Martineau: First Woman Sociologist*, by Susan Hoecker-Drysdale”; in *Contemporary Sociology*. Vol. 22. No. 5; p. 762.

¹⁰ Existe una controversia sobre si Sumner era darwinista social o no. Esta caracterización tomó vigor a partir de la opinión de Richard Hofstadter en su libro “*Social Darwinism in American Thought*” de 1944. Un dictamen

socialismo,¹¹ el reformismo, el proteccionismo¹² y de toda intromisión del Estado en el orden social, aunque al final de su vida terminó aceptando la intervención estatal para preservar la competencia, pero sin declinar su convicción de que la evolución social mejora en el marco del *laissez-faire* y ve afectado su empuje cuando los gobiernos dictan reglamentos que coartan la libertad, brindan subvenciones o aspiran a disolver a las grandes corporaciones.¹³

El darwinismo social, en general, desarrolló dos grandes variantes. Por un lado, la visión extendida en Europa Central, que concebía a la batalla por la vida como una lucha entre razas que derivaba en el enfrentamiento de los pueblos.¹⁴ Por otro, el posicionamiento predominante en los Estados Unidos de Norteamérica e Inglaterra, que interpretaba la lucha por la vida dentro de las coordenadas de la competencia mercantil y capitalista. Sumner se inscribe próximo a esta última corriente, preponderantemente a partir de una reinterpretación de las ideas de Gumpowicz, quien postuló que el factor dinamizador de la historia humana era la lucha entre las diferentes razas por la supremacía.¹⁵ Sumner, en cambio, propuso otro eje para la investigación y explicación del conflicto racial, y planteó que no se debería confundir a los conflictos entre costumbres con los pleitos propiamente raciales. Escindió, entonces, los hábitos culturales como causantes del conflicto de aquellos enfoques deterministas asentados en explicar los litigios de forma unilateral desde el problema racial. Sumner afirmaba: “Cuando distintos grupos se ponen en contacto, sus *mores* [costumbres] contrastan y crean antagonismos”.¹⁶ En su encuadre, no todas las colisiones con componentes raciales se reducen meramente a la repulsión étnica. Desde esta perspectiva,

contrario se encuentra, por ejemplo, en Zwolinski, Matt (2013): “William Graham Sumner. Part 1 and 2: The Rejection of Social Darwinism”; in *Libertarianism* (ver bibliografía). Consultar, asimismo, la respuesta a ese interrogante sobre el calibre de la adscripción darwinista de Sumner en Bannister, R. C. (1979); op cit; pp. 99 y 100. Por último, sobre si Sumner encaja o no estrictamente en el darwinismo habida cuenta de su pacifismo véase Leonard, Thomas C. (2005); “Mistaking Eugenics for Social Darwinism: Why Eugenics Is Missing from the History of American Economics”; in *History of Political Economy* (2005) 37 (Suppl_1); p. 215.

¹¹ Sumner, William Graham (1878); “Socialism”, in *Scribners Monthly*. October. Vol. 16, No. 6; p. 888.

¹² Evaluaba que el proteccionismo era un mecanismo propio de una fortaleza y no del mercado. Véase, Sumner, W. G. (1883); “Lectures on the History of Protection in the United States”. *Delivered Before the International Free-Trade Alliance*; p. 14.

¹³ Sutter, Erin (2013); *The Great Generalization: The Theory of Evolution in American Political and Social Thought after the Civil War*. Ashbrook Scholar Program. Student Publications; p. 12.

¹⁴ Carabaña, Julio (2003); “El conflicto social”; en Álvaro Estramiana, José Luis (2003); *Fundamentos sociales del comportamiento humano*. Barcelona: Editorial UOC.; p. 283.

¹⁵ Gumpowicz, Ludwig (1944); *La lucha de razas*. Madrid: La España Moderna.

¹⁶ Sumner, William Graham (1948) [1906]; *Los pueblos y sus costumbres. Estudio de la importancia sociológica de las costumbres, la etiqueta y los preceptos morales*. Buenos Aires: Kraft; p. 140.

por ejemplo, evaluó que el escenario social creado en los Estados Unidos luego de la abolición de la esclavitud evidenció una ruptura de la armonía en los hábitos y costumbres, mutación que gestó un malestar propio de una situación original, pues exigía convivir en un marco novedoso de relaciones sociales que, advertía Sumner, no podía crearse de manera artificial por medio de la legislación.¹⁷

En los Estados norteamericanos del sur, antes de la guerra civil, blancos y negros habían adoptado hábitos de acción y sentimientos respectivos. Vivían en paz y concordia, y cada cual se desarrollaba de acuerdo con los modos que eran tradicionales y consuetudinarios. La guerra civil abolió derechos legales y obligó a las dos razas a aprender a vivir juntas en distintas relaciones que antes. Los blancos nunca han podido ser apartados de sus antiguos *mores*. Los sobrevivientes de la época de la esclavitud recuerdan con tristeza y cariño los antiguos usos sociales y los sentimientos del pasado. Las dos razas aún no han formado *mores* nuevas.¹⁸

Según esta explicación, el problema emergía cuando no había una plataforma común de usos y costumbres. Era el caso de la posguerra civil: el trastrocamiento de los hábitos provocados por el conflicto bélico no produjo reemplazos de manera inmediata, pero esta situación no

¹⁷ Terrén, Eduardo (2002); *Razas en conflicto*. Barcelona: Anthropos Editorial; p. 16. Aquí nos encontramos ante un aporte de Sumner a la teoría del derecho que se conoce como “derecho pasivo”: “Supone que las leyes son una fuerza social pasiva, más que activa, que se establece gradualmente en un estado formal o codificado toda vez que se ha enraizado en el comportamiento de los miembros de la sociedad. Siempre que se lleve a cabo un esfuerzo para promulgar una ley que contradiga las tradiciones existentes, aparecen conflictos que desembocan en la anulación de dicha ley. Puesto que Sumner arguye que existe «tensión hacia la coherencia de las tradiciones», concluirá, de hecho, que «por vía del Estado no se puede cambiar la vida del pueblo». Un supuesto implícito de esta postura es que la función exclusiva del derecho es la de reforzar las costumbres y proporcionar un procedimiento uniforme y predecible para la evaluación y castigo de la desviación. Es decir, la función de la ley es el control social, y el mayor problema será el de diseñar sanciones legales que minimicen la desviación y mantengan la estabilidad social”. Evan, Willian M. (2019); “El derecho como instrumento de cambio social”; en Gouldner, Alvin W. y Miller, S.M. (ed.); *Sociología aplicada: problemas y oportunidades*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas; p. 356. Resulta muy interesante comparar esta concepción del derecho en Sumner con la acuñada por Gumpowicz. Este establece que el derecho “...es esencialmente un ejercicio del poder del Estado... El Derecho es una forma de vida social que surge del conflicto de grupos sociales heterogéneos y desiguales en poder. Aspira a establecer y mantener el dominio del grupo más fuerte sobre el más débil, empleando para ello el poder del Estado. La finalidad y la idea directriz del Derecho es el mantenimiento y perpetuación de la desigualdad política, social y económica. No hay Derecho que no sea expresión de una desigualdad. En ese aspecto el Derecho es un reflejo auténtico del Estado, que también aspira únicamente a regular la coexistencia de grupos raciales y sociales desiguales, mediante la soberanía del grupo más fuerte sobre el más débil. El Derecho no puede surgir fuera del Estado, porque es esencialmente una emanación del poder estatal”. Bodenheimer, Edgar (2000); “El positivismo Sociológico. Teoría del Derecho”; en *Revista Jurídica Cajamarca*. Año 1. No. 1. Septiembre/diciembre. Perú: Universidad Nacional de Cajamarca. Un libro importante de Sumner sobre la génesis del derecho es el mencionado *Los pueblos y sus costumbres*. Finalmente, sobre el tema véase Fucito, Felipe (2003); *Sociología del derecho: el orden jurídico y sus condicionantes sociales*. Argentina: Editorial Universidad; pp. 137/138.

¹⁸ Sumner, W. G. (1948) [1906]; *Los pueblos y sus costumbres...*; op cit; pp. 109 y 110.

sería para siempre. Las perspectivas que se fueron ampliando, acredita Sumner, permitieron con el tiempo cicatrizar las heridas.

La guerra civil, en los Estados Unidos, se debió a la gran divergencia de los *mores* del norte y del sur, suscitada por la presencia o la ausencia de esclavos. La apasionada hostilidad y el desprecio de la población de una parte del país por el pueblo de la otra se debía a la concepción que cada cual se había hecho del carácter y los usos del otro. Desde la abolición de la esclavitud, los *mores* de las dos secciones se han vuelto similares y la hostilidad entre los dos trozos del país ha desaparecido.¹⁹

Observamos que Sumner eslabonó el conflicto a un problema entre costumbres. No lo hizo con la contrariedad o el odio racial. De este modo presagiaba que, una vez que los nuevos hábitos quedaran consolidados en el flamante orden social, las enemistades se irían aplacando.

Junto con esta construcción analítica, Sumner forjó conceptos de gran presencia ulterior en la teoría social, tales como etnocentrismo, endogrupo y exogrupo. No obstante, estos aportes no consiguieron evitar que, con el correr del tiempo, su obra quedara bastante relegada dentro de la sociología.²⁰ Resulta menester enfatizar que *Folkways* (1907), sin embargo, tuvo en particular un ascendente interesante en la sociología norteamericana posterior y recibió reconocimiento por impulsar la investigación empírica en nuevas generaciones de sociólogos.²¹ En la actualidad, su pensamiento sólo mantiene vigencia en los círculos liberales más ortodoxos,²² pero fuera de ese acotado ámbito, el “viejo cascarrabias de Yale”, como lo apodó Lewis Coser, continúa siendo tipificado como el sociólogo más conservador de toda la historia de la sociología norteamericana y como un hombre cuya mayor virtud era hacer enemigos con gran facilidad, pues su mensaje básico a estudiantes y lectores era “no seas un maldito tonto”.²³

¹⁹ Sumner, W. G. (1948) [1906]; *Los pueblos y sus costumbres...*; op cit; pp.150 y 151.

²⁰ Marín, Antonio Lucas (1995); *Fundamentos de teoría sociológica*. Madrid: Tecnos; p. 141. Curtis, B.; op cit; p. 146.

²¹ Farís, Robert E. L. (1965); “La sociología norteamericana”; en Gurvitch, Georges y Moore, Wilbert E.; *Sociología del Siglo XX*. España: El Ateneo. Tomo II; p. 37.

²² Véase Benegas Lynch, Alberto (h) (2012); “William Graham Sumner: Una luz potente”, en *El Diario de América* (EE.UU.). También, consultar Valenzuela, Ricardo (2017); “Chispas de libertad: Wiliam Graham Sumner”; en *Asuntos Capitales*. México, 3 de mayo.

²³ Bannister, R. C. (1979); op cit; p. 98. Espina, Álvaro (2005); “Presentación. El darwinismo social de William Graham Sumner revisitado: contra la plutocracia, la democracia y el imperialismo”; en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*. No. 110. España; p. 202. Coser, Lewis (1988); “Corrientes sociológicas de los Estados Unidos”, en Bottomore, Tom y Nisbet, Robert (comps.); *Historia del análisis sociológico*. Buenos Aires: Amorrortu; p. 336. Barnes, Harry Elmer (1919); “Two Representative Contributions of Sociology to

El lugar del conflicto en la sociedad

Sumner integró el grupo de los pioneros de la sociología norteamericana que reconocieron la importancia del conflicto en el orden social así como su inevitabilidad. Su armado conceptual brindó un sitio central a la categoría “conflicto”.²⁴ Entendió a la sociedad como un sistema de fuerzas regido por leyes: “La verdad es que el orden social está fijado por leyes de la naturaleza. Precisamente análogos a los del orden físico”.²⁵ Endilgó a esas leyes un carácter imperturbable, de tal suerte que el programa de reformas acuñado por Sumner para mejorar la sociedad era solo parcial (propuso retoques que expresaban un reformismo “detallista”), sin aspirar a un cambio de envergadura sistémica.²⁶ Esperaba los efectos de la ley de la evolución, que recibía el impulso de la perpetua batalla por la subsistencia. Esa ley, como todas las que observó operando en el sistema social, imponía su potencia más allá de cualquier esfuerzo humano por alterar el rumbo que fijaba. Ocurría lo propio, según certifica, con aquellas fuerzas sociales que generaban los monopolios, engendraban las guerras y atizaban las luchas entre las clases sociales. Sumner hizo notar que estos fenómenos lograban impregnar todo el desenvolvimiento histórico.²⁷ Quedó referenciado, entonces, como el pionero de la “teoría realista del conflicto social”, basada en una explicación del origen del conflicto como consecuencia de la búsqueda del máximo beneficio que procuran los humanos, en un contexto de escasez y recursos limitados.²⁸ Objetivamente, Sumner aseguraba que, con independencia de la voluntad, en dichas circunstancias estribaba la emergencia ineluctable de los enfrentamientos. Estipuló que el conflicto, aunque genere desconfianza, en ocasiones porta un contenido positivo para las relaciones sociales.²⁹ Tal como ocurre con el cuerpo biológico, aconsejó no suprimir la percepción de los síntomas

Political Theory: The Doctrines of William Graham Sumner and Lester Frank Ward”; in *American Journal of Sociology*. Vol. 24. No. 1; p. 5.

²⁴ Coser, Lewis (1961); *Las funciones del conflicto social*. México: FCE; p. 17.

²⁵ Sumner, William Graham (1881); “Sociology”; in *Princeton Review*. USA.; in “Sociology” and “Socialism”. *Princeton Review*. USA.

²⁶ Coser, L. (1961); op cit; pp. 16 y 17.

²⁷ Timasheff, N.; op cit; p. 92 y 93.

²⁸ Morales Domínguez, J. Francisco (1999); “Naturaleza y tipos de conflictos”; en Yubero Jiménez, Santiago y J. Francisco Morales Domínguez (coord.); *El grupo y sus conflictos*. Universidad de Castilla La Mancha: España; pp. 13 y 14.

²⁹ González Seara, Luis (1971): *La sociología, aventura dialéctica*. Madrid: Tecnos; op cit, p. 250.

que evidencian o exponen la dinámica y los problemas que tiene el cuerpo social.³⁰ Según Sumner representaba un error esquivar la temática del conflicto o hacer como si la conflictividad no existiera, a la manera que parece insinuar una parte importante del industrialismo sociológico de finales del siglo XIX y de comienzos de la centuria siguiente.

Sumner no entendía al conflicto como un fenómeno contraproducente para el sistema social. Incluso consideraba el conflicto en el seno de la industria como un signo de vigor social, de allí que, según su parecer, la paz industrial no fuera siempre deseable, ya que la pugna asegura una distribución justa entre capital y trabajo, y por otra parte, no resulta factible detenerla. Advirtió que, si bien el conflicto laboral podía ser saludable, el desconocimiento de esas leyes traía aparejada la “guerra industrial”. Estimaba que la desobediencia a las leyes económicas instalaban la guerra industrial como la condición normal y única posible de la sociedad.³¹ Claro que una guerra industrial desde el prisma sumneriano no era equiparable a un combate de tipo militar; representaba “una extensión de la antigua guerra comercial”, que consistía en tratar de infligirse a uno mismo “un daño positivo” con la expectativa de causar un perjuicio contingente al adversario, tal como ocurre en una huelga: “La guerra industrial simplemente tiene como objetivo ver quién puede soportarla más tiempo”.³² El obrero deja de ganar dinero, al mismo tiempo que suspende esa misma posibilidad al patrón. Por lo tanto, el ascenso de un conflicto al nivel de una guerra industrial no se inscribe en una escalada revolucionaria, y ante su brote, no debe cundir la desesperación, aunque de todos modos siempre conviene, aconsejaba Sumner, el apego a las leyes de la economía. Para tranquilizar, concluye: “La guerra industrial es, de hecho, un incidente de libertad. Es un inconveniente; es dudoso que sea un mal”.³³ Como podemos apreciar, incluso asumiendo la existencia de contradicciones entre capital y trabajo, lejos de dramatizar, Sumner consintió la

³⁰ Sumner, W. G. (1911) [1903]; *War and Other Essays*. New Haven: Yale University Press: Ed. Albert Galloway Keller; op cit; p. 241. Citado por Coser, Lewis (1970); *Nuevos aportes a la teoría del conflicto social*. Buenos Aires: Amorrortu, p. 40.

³¹ Sumner, W. G. (1914) [1886]; “Industrial law. Industrial war”; in Sumner, W. G.; *The Challenge of Fact and other essays*. New Haven: Yale University Press. Edited by Albert Galloway Keller. Robert Bierstedt (2013); *American Sociological Theory: A Critical History*. USA: Elsevier; p. 12. Coser, L. (1988); op cit; p. 338.

³² Sumner W. G. (1914) [1886]; “Industrial law. Industrial war”; op cit.

³³ Sumner, W. G. (1911) [1889]; Do we want industrial peace?; in Sumner, W. G.; *War and Other Essays*; op cit; p. 241.

compatibilidad entre orden y conflicto pero, para hacer fructífero ese vínculo, encomendó seguir los lineamientos de las leyes de mercado.

Retomando el plano del movimiento histórico, como vimos, Sumner interpretó que los conflictos surgían debido a que no había bastantes bienes o productos naturales para satisfacer la demanda de todos los humanos. Colocó a la insuficiencia de recursos como el agente que promovía el antagonismo social que, como va de suyo, era la deriva objetiva de la dureza inherente a la disputa por la existencia en condiciones de estrecheces. En esas circunstancias, situó el proceso de selección natural operando con la fuerza de una ley con todos sus atributos.

La lucha por la existencia está dirigida contra la naturaleza. Es de su mano mezquina que tenemos que arrebatar la satisfacción de nuestras necesidades, pero nuestros semejantes son nuestros competidores por la escasa oferta. La competencia, por tanto, es una ley de la naturaleza. La naturaleza es completamente neutral; se somete al que la ataca con más energía y determinación. Ella otorga sus recompensas a los más aptos, por lo tanto, sin tener en cuenta otras consideraciones de ningún tipo.³⁴

Debido a este bosquejo intelectual, Sumner emparentó la acumulación de capital con la lucha por la supervivencia que, coligió, invariablemente favorecía a los más aptos. Argumentó que el hombre mantenía su vida en una difícil y costosa brega contra la naturaleza.³⁵ Para esta lucha, aseveró, los hombres necesitaban de la cooperación y de hacerse de herramientas y armas, es decir, precisaban combinar una capacidad asociativa y un conjunto de instrumentos que prefiguraban el capital.

Una palanca es capital, y la ventaja de levantar un peso con una palanca sobre levantarlo por esfuerzo directo es solo una ilustración débil del poder del capital en la producción [...]. El capital es trabajo elevado a un poder superior al multiplicarse constantemente en sí mismo.³⁶

Sumner concibió que el primer avance logrado por la humanidad estaba signado por la producción de capital que, a su vez, favorece la productividad del trabajo. Aquellos hombres que no gestaban ese capital quedaban condenados al atraso.³⁷ La necesidad fue el motor

³⁴ Sumner W. G. (1914) [1886]; *The Challenge of Facts and Other Essays*; op cit; p. 25.

³⁵ Espina, Á.; op cit; p. 203. Sumner, W. G. (1974) [1883]; *What Social Classes Owe to Each Other*. Idaho: The Caxton Printers LTD; p. 44.

³⁶ Sumner, W. G. (1914); "The Challenge of Fac"; op cit.

³⁷ Martindale, D.; op cit; pp. 94/195.

impulsor de la humanidad y, sentenció, inspiraba la congruencia entre la industria y el capital.³⁸

Si un individuo trata de luchar por su existencia con la naturaleza, el hecho de que otros hagan lo mismo en igual medio se convierte en condición esencial para él. Entonces surge una alternativa. Él y los demás pueden trabar sus respectivos esfuerzos de tal modo que todos fracasarán; pero pueden ponerse de acuerdo y, por la cooperación, dar mayor vigor a sus esfuerzos contra la naturaleza. Este último método es la organización industrial.³⁹

Sumner interpretó que la naturaleza actuaba como un maestro severo e implacable que colocaba delante de los hombres pruebas muy difíciles de franquear pero, arguyó, con la composición de fuerzas propias de la industria y los avances científicos pueden obtenerse importantes victorias sobre ella.⁴⁰ Ahora bien, al lado de cada humano en ese crudo forcejeo con la naturaleza, Sumner señaló la incursión de otros humanos con el mismo propósito. El sociólogo de Yale argumentó que, si en ese marco competitivo la naturaleza pudiera satisfacer todos los requerimientos, no existirían los problemas sociales. Sin embargo, reveló, esas dificultades proliferan sin descanso.⁴¹ Diferenció la “lucha por la existencia”, el más elemental tipo de lucha, de otra más compleja que distinguió como la “competición de la vida”. Este nivel de análisis remitió a la enemistad por tratar de vivir con más comodidad, pues tiene lugar entre aquellos que ya han logrado cierta satisfacción de las necesidades más básicas.⁴² Aquí asoma su malthusianismo. Mientras que la lucha por la existencia se refiere a lidiar con la naturaleza para conseguir los medios de subsistencia; la competición de la vida denota la rivalidad y la colisión de intereses generada cuando varios hombres pretenden saciar sus necesidades vitales en el mismo ámbito espacial. Sumner evaluó que incluso en este caso las circunstancias pueden aglomerar a los hombres para potenciar esfuerzos, y los distintos grupos que entonces se conforman desenvuelven cooperativamente la competición por la vida entre sí y respecto de los que aún no se han organizado.⁴³

³⁸ Sumner, W. G. (1948) [1906]; *Los pueblos y sus costumbres...*; op cit; p. 32.

³⁹ Sumner, W. G. (1948) [1906]; *Los pueblos y sus costumbres...*; op cit; p. 14.

⁴⁰ Jenkins, Thomas R. (1962); "William Graham Sumner: Conservative Advocate". Plan B Papers. No. 182; p. 26.

⁴¹ Sumner, W. G. (1914); "The Challenge of Fac"; op cit.

⁴² Sutter, E.; op cit; p. 26.

⁴³ Lema Añón, Carlos; "El darwinismo social en la historia de los derechos"; en Ansuátegui Roig, Francisco Javier; Rodríguez Uribes, José Manuel; Barba Martínez, Gregorio Peces; Fernández García, Eusebio coordinadores; *Historia de los derechos fundamentales*. Tomo III: Siglo XIX. Volumen I. Libro II. España: Editorial Dykinson; p. 1084.

Mientras la población sea baja en proporción a la cantidad de tierra, en una etapa dada de las artes, la vida es fácil y la competencia del hombre con el hombre es débil. Cuando más personas intentan vivir en una milla cuadrada por sobre lo que puede soportar, en el escenario actual de las artes, la vida es dura y la competencia del hombre con el hombre es intensa.⁴⁴

Sumner brindó un claro argumento en esta dirección en un artículo titulado “Socialismo”, publicado en el mensuario *Scribner* durante 1878:

Los seres humanos tienden a multiplicarse más allá del poder de un área limitada de tierra para sustentar la vida, bajo una determinada etapa de las artes y un determinado nivel de vida.⁴⁵

Contemplamos que, de acuerdo a su apreciación, la urdimbre entre los factores espaciales, densidad poblacional y provisiones restringidas fraguaba la competencia vital, asentada en la solidaridad grupal para el combate exterior.⁴⁶ A la sazón, con este andamiaje de ideas ancladas en Malthus, en el ensayo “Lo que las clases sociales se deben unas a otras” (1883), Sumner relacionó la lucha por la existencia y la competencia de la vida con la batalla del hombre contra la naturaleza y las fuerzas sociales que esa faena engendró.⁴⁷ La secuela de sus reflexiones nos indica que las acciones contenciosas resultan inevitables y que solo permiten el triunfo de algunos como resultado de la selección natural, desenlace que instala a la desigualdad de clases como un fenómeno normal y esperable. Los millonarios y los pobres aparecen como el producto del proceso de selección, que otorga a cada cual aquello que merece, reparto natural que para Sumner, desdichadamente, los grupos socialistas procuran romper resarcido a los más débiles y sin reparar que esa iniciativa bloquea toda factibilidad de progreso.

De ello se deduce entonces que, en una sociedad que avanza, en la que la población se vuelve cada vez más densa, las virtudes de la industria y la abnegación son cada vez más influyentes, y que, en la competencia de la vida, la pobreza y la miseria se convierten en los castigos más directos e inevitables de la negligencia, la pereza, la extravagancia, la intemperancia y la imprudencia.⁴⁸

⁴⁴ Sumner, W. G. (1914); “The Challenge of Fac”; op cit.

⁴⁵ Citado por Bannister, Robert C. (Ed.) (1992); Introduction. *On Liberty, Society and Politics: The Essential Essays of William Graham Sumner*. Indianapolis: Editorial Liberty Fund.

⁴⁶ Bannister, R. (1979); op cit; p. 109.

⁴⁷ Bannister, R. (1979); op cit; p. 99 y 104.

⁴⁸ Sumner, W. G. (1878); “Socialism”, op cit; pp. 887 y 888.

Sumner destacó que la contracara del castigo eran los millonarios, que hacían crecer la riqueza propia y la ajena, y se transformaban así en un buen negocio para la sociedad toda.⁴⁹ Supeditó el destino humano a una imperecedera lucha entre individuos, grupos y clases.⁵⁰ En esta dirección, como valoraremos de inmediato, procuró armonizar teóricamente el conflicto entre individuos con los litigios en un nivel grupal, junto con el pasaje de la lucha individual para obtener elementos para el consumo con la disputa generalizada entre agregados sociales que proyectan una idéntica meta.⁵¹ Sumner sentencia que las fricciones y enfrentamientos entre los grupos, en definitiva, generan la dinámica del desarrollo social y se transforman en la base de su sociología.

La guerra

La guerra como una forma específica del conflicto llenó varias páginas en la obra de Sumner. Incluso brindó una disertación específica sobre ella en 1903, titulada “War”, cuyas proposiciones recuperará en escritos posteriores. El pensamiento de Sumner respecto de la guerra, según indica Kenneth Waltz, se basa en ideas como la esgrimida por el pionero del estudio sobre las relaciones internacionales Emeric Crucé (1590-1648), autor de *Nouveau Cynée ou Discours d’Estat représentant les occasions et moyens d’establir une paix générale et la liberté du commerce pour tout le monde. Aux monarques et princes souverains de ce temps* (1622).⁵² Crucé sostenía que el vencedor no gana la guerra, sino que simplemente pierde menos que el vencido.⁵³ El razonamiento aconseja sobre la no conveniencia de la guerra, y ese es uno de los ángulos desde donde Sumner repelió, como veremos, la guerra entre los Estados Unidos de Norteamérica y España. Menospreció, por eso, la tesis que confía en la guerra como un remedio propicio para salir de las crisis.

⁴⁹ López Cerezo, José A. y Luján López, José Luis (1989); *El artefacto de la inteligencia: una reflexión crítica sobre el determinismo biológico de la inteligencia*. España. Anthropos. Universidad del País Vasco; p. 36.

⁵⁰ Mercado Maldonado, Asael (2013); *La sociología norteamericana: un diagnóstico de nuestro tiempo*. México: Universidad Autónoma del Estado de México; p. 85.

⁵¹ Martindale, D.; op cit; pp. 193, 195 y 221. Fucito, F.; op cit; p. 137. Coser, L. (1988); op cit; p. 335.

⁵² Fue un predecesor de la Ilustración. Propuso organizar un mundo sin distinciones de raza o religión. Reivindicaba la tolerancia y el pacifismo, junto a la libertad de comercio y el libre cambio. Elaboró un proyecto de paz internacional para terminar con las guerras entre los Estados. Véase Villaverde, María José (2017); “The long road to religious toleration: Emeric Crucé predecessor of the enlightenment”; in *History of European Ideas*. Vol. 43. Issue 4.

⁵³ Waltz, Kenneth N. (1959); *El hombre, el Estado y la guerra*. Buenos Aires: Editorial Nova.

Rechazó, igualmente, “la tonta creencia de que podríamos hacer la guerra y hacernos ricos por ella”.⁵⁴ A los ojos de Sumner, la guerra nunca es un buen negocio. Tranquilamente podría hacer suya la proposición de Jean Baptiste Say: “La guerra cuesta mucho más de lo que se gasta en ella. Cuesta todo lo que impide ganar”.⁵⁵ El supuesto papel de estímulo económico que muchos asignan a la guerra, en verdad, evalúa Sumner, atenta contra el funcionamiento de la economía. Además, perjudica a terceros ajenos a la disputa armada:

La mayor injusticia de la guerra es que impone pérdidas y daños a quienes no participan en ella. Si dos naciones van a la guerra, interfieren con todos sus vecinos rompiendo las corrientes regulares del comercio y la industria y cortando las diez mil relaciones de diversa índole que han surgido durante la paz y que afectan la felicidad y el bienestar de toda la humanidad.⁵⁶

El cúmulo de estas manifestaciones aparenta desdeñar las bondades de la guerra y, como consecuencia, observando el panorama de la sociología de ese momento, esos dichos instalan un interrogante: ¿Sumner participa del perfil pacifista del industrialismo que detentan los colegas de su época? En principio podemos decir que no lo compartía en todos sus resquicios,⁵⁷ ya aclararemos, pero vivía con disgusto la destrucción de capital que provoca la guerra, aunque con realismo no negaba la factibilidad de proyectarla hacia afuera de las fronteras del país, ni la preparación para una eventual defensa nacional ante una agresión externa. Reconocía que a veces los hombres deben luchar y en determinadas ocasiones necesitan hacerlo con todas sus fuerzas.⁵⁸ Pese a ello, Sumner insinúa que la mejor manera de aprestarse para la guerra era hacerse ricos, pero atisba que esta empresa eternamente padece de impuestos estatales que atentan contra ella. La pesada carga estatal disminuye el poder social para la beligerancia y para todo. En este razonamiento aflora una de las ideas que acuñó acerca del Estado.⁵⁹ Sumner, en las páginas del mencionado escrito “*Lo que las clases sociales se deben unas a otras*”, colegía que en la historia abundan los intentos de

⁵⁴ Sumner, W. G. (1879); “The influence of commercial crisis on opinions about economic doctrines”, in Sumner, W. G.; *The forgotten man*. USA: Editor Albert Galloway Keller. Citado por Orozco, José Luis (1994); *Notas y nuevas notas del país darwiniano*. México: Universidad Autónoma de Baja California; p. 48.

⁵⁵ Say, Jean Baptiste (1803); *Traité d'économie politique*. Volumen II. París; p. 426.

⁵⁶ Sumner, W. G. (1911) [1889]; *War and Other Essays*; op cit; p. 241.

⁵⁷ Más adelante podremos observar que en las páginas de su afamado libro *Folkways* esbozó algunos comentarios que pueden matizar esta afirmación.

⁵⁸ Sumner, W. G. (1911) [1901]; “The predominant issue”; in Sumner, W. G.; *War and Other Essays*; op cit; p. 348.

⁵⁹ Orozco, J.; op cit; p. 48. Este mismo autor ofrece varios aspectos de la concepción de Sumner sobre el Estado en la misma obra, op cit; pp. 64 y 65.

algunos hombres o clases por lograr el control del poder estatal con el objetivo de adquirir beneficios a costa de otras personas. Este patrón, explicaba, provenía de “tiempos antiguos” donde las bandas de ladrones saqueaban a trabajadores y comerciantes, hasta el momento en que los bandidos y salteadores encontraron un medio más eficaz para despojar a los demás: obtener el control de la organización civil (el Estado) y así “hacer legal el robo”.⁶⁰ Justamente dice:

La historia es solo una fatigante repetición de una historia. Las personas y las clases han tratado de obtener la posesión del poder del Estado para vivir lujosamente de las ganancias de otros. Autocracias, aristocracias, teocracias y todas las organizaciones para ejercer el poder político han exhibido solo la misma línea de acción.⁶¹

El Estado y los gobiernos, pese a sus distintas modalidades, descargan su peso sobre los contribuyentes e impiden el mejor reaseguro para hacer fuerte una sociedad, que no es otra cosa que la riqueza. Sumner estaba persuadido de que un Estado, desde el mismo momento en que empezaba su degradación, atacaba a la propiedad privada. También intuyó que un gobierno siempre era un mal necesario dispuesto a debilitar a la sociedad. En ese proceso, entonces, exponía al conjunto social a peligros como el militarismo, que era una de las desviaciones más frecuentes promovidas por la deformación de los gobiernos, cuestión que deriva en la noción sumneriana de “plutocracia”, referida al gobierno de los hombres ricos que buscan utilizar su travesía por los sillones del gobierno para aumentar el propio peculio.⁶²

Con respecto a la mirada que le endilgaba a Sumner una capacidad pacificadora al industrialismo, él manejó por varios años una posición que, en algunos aspectos, iba a contrapelo de las más difundidas en los círculos sociológicos del siglo XIX. Atribuía la “guerra real” a las sociedades más desarrolladas y no la ubicaba de manera exclusiva en las primeras etapas de la vida social, invirtiendo así la lógica esbozada por autores como Saint Simón, Comte o Spencer, que localizaban la guerra en una fase histórica que debía ser

⁶⁰ Sumner, William Graham (1974) [1883]; *What Social Classes owe to Each Other*. Caldwell, Idaho: The Caxton Printers, LTD; p. 88.

⁶¹ Sumner, W. G. (1974) [1883]; *What Social Classes owe to Each Other*; op cit; p. 27.

⁶² Sumner trata directamente el tema en tres ensayos: “Democracy and Plutocracy” (pp. 283/289); “Definitions of Democracy and Plutocracy” (pp. 290/295) y “The Conflict of Plutocracy and Democracy” (pp. 296/300), publicados en Sumner, William Graham (1913); *Earth-Hunger and Other Essays*. New Haven. Yale University Press: ed. Albert Galloway Keller. Véase Scott Trask, H.A. (2004); William Graham Sumner: against democracy, plutocracy and imperialism”; in *Journal of Libertarian Studies*. Volume 18. No. 4 (Fall). Ludwig von Mises Institute; p. 10. Consultar, también, Orozco, J.; op cit; pp. 85 y 86.

sobrepasada, pues sus concepciones de la evolución social suponían que el militarismo permanecería relegado por el avance del progreso. En sus teorías afloraba una perspectiva abonada por el pensamiento iluminista donde la humanidad avanzaba desde una sociedad militar a una sosegada sociedad comercial e industrial, razonamientos que confinaban la guerra al pasado.⁶³ Sumner, inversamente, establece otros parámetros distantes de algunas de las versiones del contractualismo:

En el siglo XVIII se suponía que el estado primitivo de la humanidad era una paz de Arcadia, alegría y satisfacción. En el siglo XIX, la suposición pasó al otro extremo: que el estado primitivo era uno de guerra universal. Esta, como la noción anterior, es una gran exageración. El hombre en el estado más primitivo e incivilizado que conocemos no practicaba la guerra todo el tiempo; le temía; él podría ser descrito como un animal pacífico. La guerra real viene con las colisiones de sociedades más desarrolladas.⁶⁴

Observamos que conforme el entender de Sumner, la guerra propiamente dicha es aquella que protagonizan directamente los Estados modernos. Creyó que las culturas primitivas colisionaban entre sí para garantizar su reproducción, pero la guerra con mayúscula sería la derivación de la competencia por la vida.⁶⁵ En clave malthusiana manifestó que la liza del hombre contra la naturaleza era distinta a la reyerta de una tribu contra otra por sus recursos. En este caso estamos delante de una querrela entre hombres que rivalizan por la vida. Allí, dedujo, anidaba la razón para la guerra, y debido a esto, el hecho bélico aparece de manera constante y siempre existirá.⁶⁶ En definitiva, Sumner aseguraba que la guerra surgía “de la competencia de la vida, no de la lucha por la existencia”.⁶⁷ Coligió que el esfuerzo volcado sobre la naturaleza exponía el afán por vivir, así como el enfrentamiento de los humanos entre sí provocaba las guerras. Admitió que, en la prehistoria, los hombres se nucleaban en grupos para asegurar la conservación en un entorno de penuria. La agrupación permitía aprovechar la experiencia, incentivaba la división de tareas y potenciaba la exigua productividad del trabajo. Asimismo, mejoraba las posibilidades de defensa ante la agresión de otros grupos.⁶⁸ Cada unidad, explicó, ya sea tribal o étnica, por lo común convivía en

⁶³ Bonavena, Pablo (2010); “Lo extraordinario y lo normal en las teorías sociológicas: consideraciones sobre la relación entre sociología y guerra”; en *Revista Cuestiones de Sociología*. No. 5/6. La Plata: Prometeo; p. 304.

⁶⁴ Sumner, W. G. (1911) [1903]; “War”; in Sumner, W. G.; *War and Other Essays*; op cit; p. 3.

⁶⁵ Sumner, W. G. (1911) [1903]; “War”; op cit; p. 9.

⁶⁶ Hawkins, Mike (1977); *Social Darwinism in European and American thought, 1860–1945: nature as a model and nature as a threat*. New York: Cambridge University Press; pp. 109 y 110.

⁶⁷ Sumner, W. G. (1911); op cit; p. 8.

⁶⁸ Knutsen, Torbjorn L. (1997); *History of International Relations Theory*. Great Britaen: Manchester; p. 195. Sumner, W. G. (1948) [1906]; *Los pueblos y sus costumbres...*; op cit; pp. 14 y 15.

cierto orden solidario y pacífico, al mismo tiempo que se hallaba potencialmente en guerra con los demás agrupamientos.⁶⁹ Su tesis principal estaba asentada en la noción, de cuño propio, que nominó “etnocentrismo”. Remite a un proceso universal que signa al grupo de pertenencia por la preponderancia de relaciones de armonía, paz, orden, ley, gobierno y trabajo, impronta muy diferente al contenido de los vínculos con el “exogrupo”, caracterizados por la expropiación violenta y la guerra.⁷⁰ La dinámica que conjetura Sumner se sintetiza en el siguiente párrafo, que nos expone la relevancia de la cooperación y la tensión que soporta cada grupo por el incremento de sus miembros, contiguo al enlace de este factor que, a su vez, enardece la competencia:

Cada individuo se excluye entre sí en la competencia de la vida, a menos que puedan, combinados, ganar más de la naturaleza mediante un esfuerzo conjunto que la suma de lo que podrían ganar por separado. Esta combinación es lo que hace grupos y genera organización industrial. Cuando un hombre y una mujer se unen en el grupo más elemental conocido, lo hacen por razones económicas, porque pueden continuar la lucha por la existencia mejor juntos que separados. Con el tiempo, esto se convierte en un grupo de parientes, unidos “por la sangre”. Esto permanece indiviso mientras su organización ofrezca ventajas, pero se rompe cuando crece demasiado para el sistema económico existente. Tan pronto como se rompe, las fracciones comienzan a competir entre sí. Si por una cultura mayor se hace posible una organización superior, dos grupos se unen por matrimonio o conquista, la competencia da paso a la combinación nuevamente, y la unidad más grande entra en competencia con otras unidades compuestas. Así, en todas las etapas de la historia de la civilización, la competencia y la combinación se alternan para siempre.⁷¹

Ahora bien, Sumner concibió que junto con la proliferación de los grupos se engendraron pautas de comportamiento y normas en dos espacialidades a la par: las relaciones sociales interiores y las relaciones exteriores. La identidad propia del grupo se modela en el enfrentamiento hostil hacia los demás.

Todos los miembros de un grupo son camaradas entre sí y tienen un interés común contra todos los demás grupos. Si asumimos un punto de vista en un grupo, podemos llamarlo “grupo de nosotros” o “endogrupo”; entonces cualquier otro grupo es para nosotros un “grupo externo” o un “exogrupo”. El sentimiento que prevalece dentro del “grupo-nosotros”, entre sus miembros, es el de la paz y la cooperación. El sentimiento que prevalece dentro de

⁶⁹ Terrén, Eduardo (2002); *Razas en conflicto: perspectiva sociológica*. Barcelona: Anthropos Editorial; p. 109.

⁷⁰ Morales, J. Francisco y Fernández Arregui, Saulo (2009); “Perspectivas psicológicas de la discriminación y la exclusión social”; en Yubero Jiménez, Santiago; Larrañaga, Elisa; Morales, J. Francisco y Bueno Abad, José Ramón; *Exclusión: nuevas formas y nuevos contextos*. España: Universidad de Castilla. La Mancha; p. 12.

⁷¹ Sumner, W. G. (1911) [1903]; “War”; op cit; p. 8.

un grupo hacia todos los forasteros es el de la hostilidad y la guerra. Estos dos sentimientos son perfectamente consistentes entre sí; de hecho, necesariamente se complementan.⁷²

Dilucidó que cada grupo veía a los otros agrupamientos como un dable enemigo en tanto portador de intereses antagónicos. Dentro de cada unidad, a la inversa, observaba un sistema de relaciones pacíficas y cooperativas. Reparó que los sentimientos de paz y solidaridad en el interior del grupo eran la otra cara de los sentimientos de hostilidad hacia los demás. Por eso narra que los hombres eran guerreros hacia afuera de su comunidad y, en simultáneo, eran obedientes y pacíficos dentro de su ámbito grupal.

Los miembros del grupo “nuestro” viven en relaciones de paz, orden, legalidad, gobierno e industria. Pero su relación con todos los “outsiders”, los miembros de los grupos “de afuera”, es de guerra y saqueo, siempre que no se hayan concertado convenios que modifiquen tal situación [...]. Son correlativas las actitudes de compañerismo y paz dentro del grupo propio y las de hostilidades y guerra con respecto a los grupos ajenos [...]. Las exigencias de la guerra con los de afuera crean la paz interior, a menos que la discordia interna debilite al grupo propio en la acción bélica. Estas exigencias también fomentan la fuerza del gobierno y la ley en el grupo propio, para evitar querellas e instaurar disciplina. Así, la guerra y la paz obran una sobre la otra y se desarrollan respectivamente, sea dentro del grupo, sea en la relación entre grupos. Cuanto más vecinos son los grupos y más fuertes, más intensa es la guerra que se hacen y la organización y disciplina de cada cual. Nacen los sentimientos correspondientes. Lealtad al grupo, sacrificio por él, odio y desprecio de los extraños, fraternidad interna, espíritu bélico exterior, todo eso crece conjuntamente.⁷³

Divisó que la armonía era un requisito fundamental para la supervivencia del grupo, pues la discordia interior significaba una segura derrota frente a los enemigos. Sumner consideró que esta actitud favoreció el desarrollo de las instituciones y del derecho, los cuales fueron a su vez, con sus dictados, instrumentos que fortalecieron la convivencia en concordia.

Por lo general, Sumner destacaba la importancia de la cohesión interna del grupo como un criterio básico para garantizar su permanencia. Este requerimiento fue raleando algunas prácticas y costumbres. Por ejemplo, señaló que la necesidad de apaciguar las disputas hizo desaparecer la venganza de sangre dentro del propio grupo, pues:

Significaría su autoexterminación. Serviría a los intereses de los enemigos pertenecientes a otros grupos. De allí el doble interés de que haya armonía y cooperación en el grupo propio y potencia guerrera contra los otros, lo cual hace que se inventen recursos para evitar la venganza de sangre. Los caudillos o sacerdotes administraban los intereses del grupo,

⁷² Sumner, W. G. (1911) [1903]; “War”; op cit; p. 8.

⁷³ Sumner, W. G. (1948) [1906]; *Los pueblos y sus costumbres...*; op cit; p. 27.

especialmente en tiempos de guerra con los vecinos, e imponían las restricciones, el arbitraje o la compensación en las querellas internas.⁷⁴

Para él, la paz y la guerra, entonces, eran dos dimensiones inescindibles. Contra los extraños al grupo, resultaba legítimo matar o saquear, actitud que de acuerdo a Sumner fue apuntalada por la religión. Esa conducta, en cambio, era inconcebible en el endogrupo. La presencia de ambas situaciones de manera sincrónica no hacía fructífera, infirió, la tajante división entre militarismo e industrialismo pacífico, dicotomía subyacente en la periodización del desarrollo de la humanidad blandida por aquellos sociólogos que habían emplazado la historia, transcurriendo en un peregrinaje que iniciaba con una sociedad militar para un pasaje posterior a una sociedad industrial. Aquí tenemos un matiz que lo distinguió de sus colegas contemporáneos. A diferencia de ellos, amparados en la cosmovisión iluminista de la historia, Sumner afirmó que en los albores del género humano no se registraba ni el imperio de la guerra ni el reino de la paz de forma excluyente. En consecuencia, deducía que ambas situaciones se daban en sintonía o de manera alternada, pero en la misma secuencia temporal. No era primero una y luego la otra, como si estuvieran ubicadas en etapas sucesivas e irreversibles como aventuraban los aires del Iluminismo. Frente a la pregunta sobre si los hombres inauguraron la vida social en un estado de paz o de guerra, recordemos que para Sumner ambas circunstancias comenzaron al unísono. Rompió de esta manera, insisto, con un supuesto generalizado en la sociología decimonónica que se cinceló fuera del marxismo.

Sumner señala que, desde los inicios de la vida social, el estilo guerrero cohabitaba con variados gestos pacíficos en el endogrupo. Estos gestos eran detentados por las personas involucradas en las actividades productivas. Primariamente, eran las mujeres quienes estaban a cargo de estas faenas; luego esto cambió con la transformación de los prisioneros de guerra en esclavos.

La esclavitud, en su origen, fue una mejora humanitaria en las leyes de la guerra y un alivio para la condición en que se encontraba el sexo femenino. Comenzó a establecerse cuando el sistema económico fue tal que resultaba más provechoso hacer esclavo a un cautivo de guerra que matarlo.⁷⁵

⁷⁴ Sumner, W. G. (1948) [1906]; *Los pueblos y sus costumbres...*; op cit; pp. 635 y 636.

⁷⁵ Sumner, W. G. (1948) [1906]; *Los pueblos y sus costumbres...*; op cit; p. 324.

Sumner elucidó que cuando la competencia devino harto intensa, la guerra apareció con frecuencia y ferocidad. Su presencia escaló en cantidad y calidad. En ese contexto, los más débiles fueron exterminados o absorbidos por los más fuertes, la disciplina interna del bando de los conquistadores se hizo más sólida, los jefes obtuvieron poder absoluto, las leyes se volvieron más estrictas, las religiones ganaron mayor autoridad. Con la mezcla de estos factores, todo el sistema social robusteció su integración. Por otro lado, Sumner observó que en los parajes donde no había poblados vecinos cercanos o contrincantes poderosos, no había guerras o las había de manera esporádica, y la organización interna de cada pueblo seguía siendo laxa y débil, los jefes tenían poco poder, y apenas existía un sistema social.⁷⁶ Sumner llegó a la conclusión de que el conflicto apuntalaba a los grupos, instauraba sus fronteras y posibilitaba el establecimiento del sistema.

Sumner profundizó su explicación con la presentación del sustrato que posee el entramado social. Estableció cuatro grandes motivos que fundan la actividad social: el hambre, el amor, la vanidad y el miedo a los poderes superiores. Asignó a estos móviles la promoción de las guerras. Los requisitos de la subsistencia abrían la disputa por suministros limitados, hostilidad que con el tiempo generó una economía que en su hoja de ruta incluyó la esclavitud. Interpretó que el amor provocaba guerras por mujeres, aunque en este tipo de enfrentamiento subyacía una apetencia económica, pues también eran requeridas como trabajadoras forzadas.⁷⁷ La búsqueda de honores o prestigio de igual modo, vislumbró, había impulsado la guerra. El miedo, por su parte, engendró una pluralidad de creencias, y esos diferentes credos auspiciaron las guerras religiosas.⁷⁸ Sumner derivó de esto que las mismas bases que fundaron la vida social propiciaron las guerras. La sociedad y la guerra cobraron existencia de manera paralela e inescindible.

En la valoración de Sumner, las cuatro motivaciones carecían de nobleza. Estaban asentadas en causas inmediatas y, junto con las guerras que suscitaron, además de inaugurar la vida social, fueron construyendo y moldeando la sociedad humana. En este proceso, Sumner destaca que la humanidad fue adquiriendo cohesión, disciplina, cooperación, perseverancia,

⁷⁶ Sumner, W. G. (1911) [1903]; “War”; op cit; p. 14.

⁷⁷ “En todas las civilizaciones primitivas, las mujeres son, como dice Sumner, «un activo económico, por el trabajo que realizan y por los niños que traen al mundo»”. Bouthoul, Gastón (1984); *Tratado de polemología*. Madrid: Ediciones Ejército; p. 229.

⁷⁸ Sumner, W. G. (1911) [1903]; “War”; op cit; pp. 14 y 15.

fortaleza, educación y paciencia.⁷⁹ No encontró todas estas virtudes aunadas en los pueblos “salvajes”; presumió que surgían, poco a poco, con la lucha. Los pueblos guerreros resultaron aventajados en este proceso, pues engendraban un intenso sentimiento colectivo. Las guerras formaron unidades sociales más grandes que devinieron en Estados. Sumner cita a quien presenta como el “sociólogo portugués” Joaquim Pedro de Oliveira Martins, quien afirmaba que “la guerra es la fuente viva de la que fluye toda la sociedad”.⁸⁰ En la misma dirección, Sumner se apoyó en Daniel Brinton, un “sociólogo estadounidense”, cuando este alegaba que “a pesar de las innumerables miserias que siguen en su tren, la guerra probablemente ha sido el mayor estímulo para el progreso racial. Es el excitante más potente conocido por todas las facultades”.⁸¹ No obstante, Sumner cayó en la cuenta, obviamente, de los estragos que dejaban las guerras. La destrucción y el progreso eran los resultados de las guerras, y ambas alternativas, concluyó, demostraban la presencia en las mentes de los hombres de dos sentimientos que operaban al mismo tiempo: el militar y el industrial.

Sumner subraya que, aparte de estimular el progreso, de manera concomitante la guerra asusta por los desastres y desperdicios que ocasiona. Mutila vidas y dilapida capital, derroches que, según juzgó, ralentizan la evolución de la civilización. Sumner percibió cómo el tenebroso panorama de los combates impactaba en el pensamiento. Por eso, junto con la guerra, registró que desde los inicios de la civilización fue creciendo la idea de la paz. La guerra disponía a los hombres para rumiar la idea de la paz. Conforme a la información que extrajo de varias investigaciones etnográficas y antropológicas, enunció que la forma más simple de paz afloró dentro del núcleo familiar y con el tiempo se extendió a través de acuerdos y convenciones entre los diferentes grupos humanos. Allí, manifestó, arraigaba un cúmulo importante de valores, el origen del derecho internacional y el nacimiento de numerosas instituciones o asociaciones que proponían convivir en paz.

⁷⁹ Martindale, D.; op cit; p. 221.

⁸⁰ La proposición se encuentra en la obra *Las razas humanas y la civilización primitiva* de 1881. Sumner, W. G. (1911) [1903]; “War”; op cit; p. 16.

⁸¹ La aseveración de Brinton continúa así: “El intenso instinto de autoconservación provocará una energía intelectual que nada más puede despertar. Las obras más grandiosas de la imaginación, los arrebatos inmortales de los poetas, desde Homero hasta Whitman, han estado bajo el estímulo del grito de guerra que resuena en sus oídos”. Brinton, Daniel G. (1901); *Races and peoples. Lectures on science of ethnography*. Philadelphia: David McKay Publisher. Sumner, W. G. (1911) [1903]; “War”; op cit; p. 16.

¿Qué papel juega la religión en este aspecto? El primer profesor universitario de sociología relacionó el pensamiento religioso tanto con la guerra como con la paz. Discurrió que la religión siempre intensifica el etnocentrismo debido a que los fieles, recurrentemente, asumen el lugar del pueblo elegido por la divinidad y, con frecuencia, juzgan que el dios propio es el verdadero o es superior a todos los demás. Sumner advirtió que estas valoraciones benefician las guerras religiosas que suelen ser muy crueles. Empero, en su esquema de reflexión, la religión de igual manera propaga ideas pacíficas.⁸² Paradójicamente el pensamiento religioso genera un estímulo tanto para la guerra como para la integración y la paz. Sumner enfatiza las ambivalencias del cristianismo poniéndolo por caso: siempre se lo concibió como una religión promotora de la paz; y sin embargo, a lo largo de su historia, ha adoptado métodos militares y bendecido muchas guerras. Cuando el Estado moderno logró consolidarse, ejemplificó, entró en una competencia con la iglesia católica por el control de la sociedad y por la tutela de la paz, habida cuenta del fracaso de la manipulación de la fe para instaurar una calmada coexistencia. Presentó, entonces, el paradigma del Estado pacificado que era su propio país, que tenía ese perfil gracias a condiciones objetivas y sólo se podrían alterar, especulaba, por acciones subjetivas equivocadas:

Estados Unidos nos presenta un caso por sí solo. Tenemos aquí un estado confederado que es un gran grupo de paz. Ocupa el corazón de un continente, por lo tanto, no puede haber una cuestión de equilibrio de poder aquí y no hay necesidad de preparativos de guerra como la ahora empobrecida Europa. Estados Unidos es un país nuevo con una población dispersa y sin vecinos fuertes. Tal Estado será una democracia y una república, y será “libre” en casi cualquier sentido que elija su gente. Si este Estado se vuelve militarista, será porque su población elige convertirse en tal; será porque piensan que la belicosidad y la guerra son deseables en sí mismas y que vale la pena perseguirlas. En su propio continente, nunca necesitarán enfrentarse a la guerra en su camino de desarrollo industrial y político.⁸³

Sumner supone que la lejanía del naciente continente respecto de la vieja Europa facilitó el inicio de una nueva sociedad en territorio americano dentro de condiciones extraordinarias. En su registro, distaba de la situación europea donde cada país se encuentra rodeado de antiguos enemigos. Los norteamericanos no debían vivir como ellos cuidando sus espaldas. Además, de acuerdo a esta perspectiva, la distancia favoreció la ruptura de tradiciones, la revisión crítica de varias instituciones y la posibilidad de generar un nuevo pensamiento que seleccionara lo bueno de la tradición y dejara de lado todo lo nocivo. Admitía que los

⁸² Véase, Sumner, W. G. (1948) [1906]; *Los pueblos y sus costumbres...*; op cit; p. 642.

⁸³ Sumner, W. G. (1911) [1903]; “War”; op cit; p. 26.

fundadores de los Estados Unidos tuvieron el mérito de distinguir esa oportunidad y trataron de usarla de manera consecuente. Apostaron, dice Sumner, a la convivencia pacífica, la vida simple, la felicidad doméstica, la industria y el ahorro. A pesar de ello, no faltaron las personas que se descarriaron de esa vida. Observó que en el presente estadounidense renacieron las antiguas usanzas, en tanto hubo hombres que retomaron el recurso de la guerra, la búsqueda de la victoria y la ambición de la gloria. De este modo, puntualizó, proliferaron varios desvíos expresados en las empresas aventureras en desmedro de la industria o descarríos con la apuesta a las grandes finanzas en lugar de las actividades productivas. Advirtió que esta propensión, incluso, multiplicó la cantidad de personas proclives a desvivirse por las ansias de poder. El corolario de todas estas desafecciones y extravíos fue la consolidación de los profundos contrastes sociales. Allende esta tensión entre el origen idealizado y la reposición de viejas prácticas, Sumner señaló que, a pesar de las excelentes condiciones de inicio en su terruño, persistían problemas históricamente no resueltos. Los pueblos originarios nunca fueron incorporados a los vínculos pacíficos de manera plena; muchas veces habían sido tratados como camaradas, es decir, como miembros del grupo, pero en otras oportunidades fueron manejados como un grupo externo. Algo similar ocurrió con las personas de raza negra desde la finalización de la Guerra Civil. Para Sumner resulta indiscutible que un Estado en sentido pleno necesita una alta cuota de avenencia y de armisticios para suturar los antagonismos de clase, raza, nacionalidad o del carácter que fueran;⁸⁴ demanda ser administrado por instituciones eficaces para ajustar intereses y atemperar las pasiones. Sumner estimó que esta meta todavía no estaba lograda en su época, ya que el militarismo y la adhesión por la paz persistían en modo simultáneo como tendencias, ambos con fuerte predicamento. Sumner consideraba que aún se replicaba con otra impronta aquello que ocurría en los comienzos de la vida social y reconoció que toda sociedad pacífica debía ser necesariamente industrial, es decir, dedicarse a producir en lugar de saquear. En su opinión, el sentimiento guerrero perduraba en la sociedad puramente industrial, afirmación que justificó con un acontecimiento de aquella época. A pesar de que Estados Unidos ofrecía buenas posibilidades para obtener riqueza y prosperidad, doscientos mil hombres se ofrecieron voluntariamente para la guerra contra España tan solo en un mes. Para Sumner esto probaba la exigua eficacia del humanismo imperante en la sociedad para

⁸⁴ Véase, Sumner, W. G. (1948) [1906]; *Los pueblos y sus costumbres...*; op cit; p. 642.

anular los arrestos bélicos. De igual modo retrataba la impotencia del industrialismo para eclipsar su persistencia, como lo evidenció ese enrolamiento colectivo. Esta realidad le indicó que no se podía adscribir a la filosofía de la paz, ni a la filosofía de la guerra, como si cada una por separado fuera la única filosofía verdadera. Las pruebas para imputar únicamente perjuicios y catástrofes a la guerra colisionan con fornidos argumentos que aceptan la notable influencia renovadora del fenómeno bélico sobre la vida social. La evidencia también demostraba que las derivaciones de la guerra no eran todas malas:

La disciplina militar educa; el interés militar despierta todos los poderes de los hombres, de modo que están ansiosos por ganar y su ingenio se acelera para inventar nuevas y mejores armas. En la historia, los inventos militares han liderado el camino y luego se han aplicado a la industria. Los inventos químicos se hicieron en el intento de producir combinaciones que serían destructivas en la guerra; pero debemos algunas de nuestras sustancias más útiles a los descubrimientos que se hicieron en este esfuerzo. La habilidad de los artesanos se ha desarrollado para fabricar armas, y luego esa habilidad ha estado disponible para la industria. Las únicas máquinas grandes que los antiguos fabricaron fueron arietes, catapultas y otras máquinas de guerra. La construcción de estas cosas familiarizó a los hombres con dispositivos mecánicos que tuvieron una aplicación universal. La pólvora fue descubierta en el intento de redescubrir el Fuego Griego; fue un gran invento en el arte militar, pero no se podrían haber tenido nuestros canales, ferrocarriles y otras grandes obras sin tales explosivos.⁸⁵

Más aún, Sumner admitió que la guerra también desarrolla la organización social, puesto que produce instituciones, determina la estratificación social, diseña los gobiernos y las “clases políticas” que se consolidan en épocas de paz. Desde esta perspectiva, asignó a la guerra el desempeño de un papel progresista a pesar de que las funciones de la guerra, reflexionó, no recibían el halago de la razón o la conciencia humana. Menciona varias contribuciones constructivas de la guerra: que posee valor educativo, que resulta un manantial de disciplina, que permite la eliminación o subordinación de los incapaces, que favorece la eficiencia, que abre caminos originales y que crea un nuevo orden social.⁸⁶ Los pensadores que compartían una grilla epistémica cercana a la formulada por Gumpłowicz, por ejemplo, establecieron que la única unidad de la raza humana solo podía provenir de la supervivencia alcanzada por los más aptos en el conflicto, que cubría las rivalidades para la adaptación en la organización industrial, pasando por el conflicto de usos y costumbres, hasta llegar a una guerra armada. Sumner aceptó gran parte de este tipo de reflexión. ¿Por

⁸⁵ Sumner, W. G.; (1911) [1903]; “War”; op cit; p. 30.

⁸⁶ Roucek, Joseph S. (2014); “La sociología de la violencia”; en *Revista Mexicana de Opinión Pública*. No.16. México. Enero/junio; p. 141. Martindale, D.; op cit; p. 221.

qué? Porque pensaba que, si los hombres se hubiesen quedado refugiados en una vida pacífica, nunca habrían acabado progresando, ni conocerían la civilización.

Es el estímulo de hierro del proceso de la naturaleza lo que los ha forzado a seguir, y una forma del proceso de la naturaleza ha sido el ataque de algunos hombres sobre otros que eran más débiles que ellos.⁸⁷

De inmediato, sin embargo, Sumner matizó sus dichos, pues registró que tanto la guerra como la revolución nunca producían como resultado aquello que se deseaba. Ciertamente, convenía en que esas instancias tumultuosas en muchas ocasiones generan resultados fortuitos y grandes pesares. Entendía que lo único prevenible en este tipo de acontecimientos era una formidable destrucción. En la guerra Sumner veía operar una selección grosera e imperfecta de factores que, entre otros equívocos, conseguía establecer una doctrina inexacta como si fuera verdadera. En *Folkways*, a partir de esta premisa, estableció que nada que se haya hecho o se haga por medio de la fuerza habrá sido ni será jamás bien hecho.⁸⁸

Utilizando de manera constante este juego de paradojas, Sumner exhibió los aspectos positivos y negativos que esparcía el arte de guerrear. Cuando casi ha convencido al lector de los beneficios, esgrime la contracara traumática de las conflagraciones. Con el cotejo entre las utilidades y los daños que derivan de la guerra, nos expone una y otra vez ante un gran dilema. Frente a la disyuntiva, acude a algunos pensadores, como el ya varias veces citado Gumplowicz, que sostenían que el mejor curso para la humanidad era una alternancia entre la paz y la guerra.⁸⁹

Los costos humanitarios de guerrear eran equiparables a la crueldad del progreso natural, pero, para Sumner, este avance se tornaba una ley de la naturaleza que desconocía los sentimientos e intereses individuales de las personas. Sus secuelas resultaban espantosas, pero la naturaleza no se apiada y sigue con su trayecto de manera imperturbable. Para retratar esa crudeza en el ámbito social, Sumner nos invita a mirar el tratamiento que los países más desarrollados brindaban a las consideradas “razas inferiores” (o “razas bajas”),⁹⁰ que en

⁸⁷ Sumner, W. G. (1911) [1903]; “War”; op cit; p. 34.

⁸⁸ Roucek, J.; op cit; p. 141.

⁸⁹ Sumner, W. G. (1911) [1903]; “War”; op cit; p. 33.

⁹⁰ Sumner, W. G. (1911) [1903]; “War”; op cit; p. 34.

lugar de ser civilizadas e incorporadas al conjunto social, terminaron siendo exterminadas. Sumner lamentó que, equivocadamente, la práctica de civilizar se hubiera transformado en sinónimo de aniquilación, y se deduce de sus dichos que, sin contradecir los designios de la evolución y sus rangos, los efectos en la vida social podrían manejarse de un modo menos cruento. Los dispositivos históricos para incorporar a este tipo de razas, juzga Sumner, fueron tan nefastos como violentos. Según denuncia, desde los albores del siglo XX las grandes naciones procuraron apoderarse de las partes periféricas del mundo con métodos de colonización y explotación que destruyeron a los habitantes originarios. Con este objetivo, erigían poderosas armadas con el fin de competir por esos dominios. Esta preparación para la guerra, pronosticó, terminará ineluctablemente en guerras. Asimismo, en paralelo ponderó que todavía no se habían creado mecanismos para fusionar las razas inferiores con las superiores. Desprendió de estas circunstancias, entonces, que devenía perentorio encontrar alternativas a la destrucción y las matanzas con más conocimiento y racionalidad.

Contra toda especulación, Sumner aseveró que la guerra nunca era un remedio útil. Como ocurre con otros males, aconsejó, únicamente incumbía ser asumida cuando era inevitable, sin olvidar que el beneficio que se lograba obtener de este choque violento de fuerzas se ganaría pagando un alto costo. El enfrentamiento bélico siempre generaba escenarios para lamentar. De allí que todo estadista debía escudriñar medios alternativos de carácter más racional. El recurso de la guerra, en definitiva, indicaba incompetencia y criminalidad en aquellos que la fomentaban. El funesto panorama que dejaba la guerra dictaba que la paz debería ser universal, pero Sumner dudaba de tal posibilidad. Evaluaba que la paz no podía abarcar a toda la humanidad, en tanto el crecimiento de las discordias y divergencia de intereses atraían a las guerras. En tal sentido, en *Folkways*, sentenció que la guerra era perenne.⁹¹

Sumner consideraba además que si las naciones decidieran cesar en el uso de sus armadas, reaparecerían los piratas, dado que las “pasiones malvadas” eran parte de la naturaleza humana. Según su discernimiento, no era factible prescindir de la custodia de los océanos, ni del personal armado. Al contrario, eran recursos que se necesitaban con asiduidad, si bien

⁹¹ Bannister, R. (1979); op cit; p. 110.

los aprestos defensivos no desembocan necesariamente en una guerra. Sumner conjeturó que, en el futuro, la guerra nacería de las vanidades y los egoísmos nacionales.

Otra fuente para las desavenencias procedía de la “razón de Estado”. La contrariedad, añadió, brota de las polémicas entre aquellas doctrinas que carecen de fundamentos racionales, pues anteponen las creencias y la fe en desmedro de la razón. Sumner calificó estas doctrinas como un pensamiento absoluto y abstruso, propio de una metafísica que lamentablemente perduraba aún en el mundo. Para la incomodidad de muchos compatriotas, incluyó en sus críticas al doctrinarismo la llamada “Doctrina Monroe”. Expresó sus reservas ante la iniciativa, pues percibía que preparaba la senda hacia la guerra. La doctrina exhortaba a tener una gran armada como contrapartida de lo que no era más que “un ejercicio de autoridad por parte de los Estados Unidos”.⁹² Sumner cita aquella máxima de Flavio Vegecio Renato en *De re militari*, luego popularizada como refrán: “Si quieres paz, prepárate para la guerra”. Si la nación se encuentra preparada para combatir, las posibilidades de participar de una guerra son mucho mayores. Sumner buscaba alertar acerca de que una carrera armamentística aumenta la predisposición de los hombres de armas a pelear. Además, reparó en que la preparación para guerrear desataba una competencia que consumía gran cantidad de energía y riqueza.

Quando el ejército recibe los últimos y mejores fusiles, alguien inventa una nueva arma de campo; entonces la artillería debe contar con eso antes de que estemos listos. Para cuando tengamos la nueva arma, alguien ha inventado un nuevo rifle y nuestra nación rival lo está obteniendo; por lo tanto, debemos tenerlo, o tener uno un poco mejor. Hacer esto lleva dos o tres años y varios millones.⁹³

La carrera tecnológica al servicio de la guerra resultaba constante y exigía sacrificios interminables; por ende, Sumner vociferaba de manera contundente:

Una regla más sabia sería decidir sobriamente lo que quieres, paz o guerra, y luego prepararte para lo que quieres; para lo que nos preparamos es lo que obtendremos.⁹⁴

Sumner dejó en claro que la preparación para guerrear con alta probabilidad termina en una guerra. Argumentó que, si un país demostraba una prominente capacidad militar,

⁹² Sumner, W. G. (1911) [1903]; “War”; op cit; p. 39.

⁹³ Sumner, W. G. (1911) [1903]; “War”; op cit; p. 39.

⁹⁴ Sumner, W. G. (1911) [1903]; “War”; op cit; pp. 39 y 40.

seguramente lograría disuadir a cada potencial enemigo, pero, paradójicamente, ese mismo factor podía tentar al Estado mejor preparado a intentar una conquista.

La condena del imperialismo y la guerra con España⁹⁵

En 1898 estalló la guerra entre España y los Estados Unidos como la derivación de la intrusión norteamericana en la guerra de la independencia cubana. El desenlace del conflicto sepultó los últimos vestigios del Imperio español en América y, al mismo tiempo, consolidó a los triunfadores como la nueva potencia hegemónica sobre el Caribe, con ambiciones de más conquistas lejos de sus fronteras, como Filipinas o Hawái.⁹⁶

En una atmósfera triunfalista, el 16 de enero de 1899, Sumner disertó en la Sociedad Phi Beta Kappa de la Universidad de Yale frente a una gran cantidad de público. Muchos de los presentes adherían al clima de patriotismo que había despertado la guerra. La conferencia fue titulada, como una provocación indisimulable, “La conquista de los Estados Unidos por España”. De inmediato logró una masiva repercusión cargada de cuestionamientos, luego de ser publicada en el *Yale Law Journal*.⁹⁷ El discurso era una prueba teórica y política sobre la resistencia de Sumner para aplicar la misma lógica de las disputas individuales o grupales a la relación entre los países. Así, quedó enrolado dentro de esa corriente del pensamiento político conocido como el “antiimperialismo de derechas”.⁹⁸ Con ese sesgo reprobó al colonialismo y cuestionó la política imperialista norteamericana desde su cargo como vicepresidente de la *Liga Antiimperialista* fundada por Mark Twain en 1898, integrada además por William Dean Howells, William James, John Dewey, Andrew Carnegie, Edward Atkinson, Ambrose Bierce y el ex presidente Grover Cleveland.⁹⁹

⁹⁵ Sumner, William Graham (2005) [1898]; “La conquista de los Estados Unidos por España”; en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*. No. 110. España.

⁹⁶ Casella, Salvador E. (1965); “Causas y antecedentes diplomáticos de la guerra hispanoamericana: 1895-98”; en *Revista de Ciencias Sociales*. Recinto de Río Piedras. Universidad de Puerto Rico: Centro de Investigaciones Sociales.

⁹⁷ Raico, Ralph (2020); “The Conquest of the US by Spain”. *Mises Institute*. Richman, Sheldon (2007); “The Goal Is Freedom: Laissez-Faire Anti-Imperialism”. Foundation for Economic Education.

⁹⁸ Refiere a un grupo de intelectuales que cuestionan todo incremento del poder estatal, reivindican la necesidad de acotar sus potestades a una mínima expresión, postulan el libre comercio y defienden la baja de impuestos. En los Estados Unidos estuvo eslabonada con los primeros escaños imperialistas (la anexión de Hawái). Bastos Boubeta, Miguel Anxo (2005); “Antiimperialismo de derechas: la tradición política del aislacionismo norteamericano”; en *Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas (RIPS)*. Volumen 4. No. 1; pp. 98 y 99.

⁹⁹ Espina, Á.; op cit; p. 208.

Sumner evaluó ese acontecimiento bélico como un gran hito histórico de los Estados Unidos. Vivenció en él un contrasentido, pues una nación como la suya, nacida en rebelión contra un imperio, iniciaba el itinerario de conquistar territorios extranjeros a los que, para colmo, no extendía los términos de su propia Constitución. Consiguientemente, el país se comportaba de una manera distinta en “casa” y “fuera de casa”, contradicción que no estaba dispuesto a refrendar. Sumner se quejaba de que el método, con toda su incoherencia, trágicamente recababa el aval ciudadano y hacía crecer el orgullo y el entusiasmo popular por las adquisiciones. Sumner creía que esta inclinación daba por tierra con los ideales que habían hecho de los Estados Unidos una nación única y grandiosa en la historia.¹⁰⁰

Este Estado nuestro confederado nunca fue planeado para una expansión indefinida o para una política imperial. Nos jactamos mucho de ello, pero debemos saber que sus ventajas se ganan a costa de limitaciones, como ocurre con la mayoría de las cosas en este mundo. Los padres de la República planearon una confederación de mancomunidades industriales libres y pacíficas, protegidas por su posición geográfica de los celos, rivalidades y políticas tradicionales del Viejo Mundo, y que aproveche todos los recursos de la civilización únicamente para la felicidad doméstica de la población.¹⁰¹

Frente a esta guerra, Sumner dejaba ver un paisaje donde ubicó a España como la representación de uno de los más grandes Estados imperialistas modernos. Los Estados Unidos, por el contrario, en su opinión, originalmente personificaban la negación de ese tipo de unidad política. Se encontraba, al inicio, en las antípodas, pero con esta guerra los perfiles de cada Estado aparecían invertidos. Su país había tomado una actitud expansiva e imperialista. Esta nueva faceta, razonó, significaba que los Estados Unidos abandonaban sus símbolos fundacionales y, por consiguiente, adoptaban los rasgos históricos de los españoles. Sumner censuró esa política y planteó la instalación de un contrasentido. Los Estados Unidos vencieron a España en el terreno militar, concedía Sumner, pero ahora ese país mostraba sumisión a las ideas políticas propias de la tradición hispana.¹⁰²

El expansionismo y el imperialismo no son más que las viejas filosofías de la prosperidad nacional que han llevado a España a donde está ahora. Esas filosofías apelan a la vanidad nacional y la codicia nacional. Son seductores, especialmente desde el primer punto de vista

¹⁰⁰ Adcock, Robert (2009); *Rethinking Classical Liberalism in “Progressive” Times: The Divergent Sociologies of Spencer and Sumner*. Conference Paper. Department of Political Science. The George Washington University; p. 28. Sobre los ideales norteamericanos vistos por Sumner, revisar Sumner, W. G. (1883); “Lectures on the History of Protection in the United States”; op cit.

¹⁰¹ Sumner, W. G. (1911) [1896]; “The fallacy of territorial extension”; in Sumner, W. G.; *War and Other Essays*; op cit; p. 291.

¹⁰² Scott Trask, H.A.; op cit; p. 19.

y el juicio más superficial, y por lo tanto no se puede negar que son muy fuertes para el efecto popular. Son delirios, y nos llevarán a la ruina a menos que seamos lo suficientemente duros como para resistirlos.¹⁰³

Sumner vaticinó, sin embargo, que la intrusión militar norteamericana en esa guerra tendría consecuencias negativas y positivas. Como en toda guerra, se figuró, quedarían entremezcladas cosas buenas y malas, pero consideraba que la presencia de aspectos positivos no resultaba un justificativo para la falta de juicio. Por otra parte, puntualizó que el imperialismo nunca ayudaba a la gente común, sino que solo beneficiaba a los grupos económicos aliados al gobierno y, además, avivaban el racismo.¹⁰⁴ Una de las consecuencias que más lamentaba Sumner, era que los Estados Unidos perdían con la intromisión imperial su posibilidad de compararse con las naciones antiguas y sentir orgullo.

Sumner propuso entonces discutir la política exterior norteamericana en su modalidad expansiva y cuestionar la exacerbación de los ideales patrióticos, para salvaguardar el autogobierno nacional y la plena libertad. Sumner defendió estos fundamentos que, según su veredicto, eran los cimientos de los Estados Unidos; interpeló a sus connacionales exigiéndoles que no se dejaran tentar por la gloria militar y la pasada “política de dominio y regulación”;¹⁰⁵ realizó un llamamiento para que los estadounidenses continuaran patrocinando los principios que consideraban a todos los humanos como iguales (Sumner consideraba este fundamento moral como parte primordial del tejido social y político nacional); y exhortó a sus connacionales a no desechar estos valores para adoptar una “doctrina española”.¹⁰⁶

La libertad que se extendió por los Estados Unidos era para Sumner un logro histórico que fue acompañado por ideales como la autodeterminación, el libre comercio y el gobierno mínimo. Empero, sospechaba que la ilusión imperialista, junto al militarismo que le correspondía, ponía en cuestión todos estos valores.

Es el militarismo el que está devorando todos los productos científicos y artísticos, acabando con la energía de la población y despilfarrando sus ahorros. Es el militarismo lo que impide que la gente preste atención a los problemas de su propio bienestar y que dedique su fortaleza a la educación y la comodidad de sus hijos. Es el militarismo lo que se opone a los grandes

¹⁰³ Sumner, W. G. (2005) [1898]; “La conquista de los Estados Unidos por España”; op cit; p. 214.

¹⁰⁴ Bastos Boubeta, M.; op cit; p. 100.

¹⁰⁵ Sumner, W. G. (2005) [1898]; “La conquista de los Estados Unidos por España”; op cit; pp. 217 y 218.

¹⁰⁶ Sumner, W. G. (2005) [1898]; “La conquista de los Estados Unidos por España”; op cit; p. 221

esfuerzos que la ciencia y el arte hacen para mejorar la lucha por la existencia [...]. Ahora y en el futuro próximo el gran enemigo de la democracia es la plutocracia. Cada año que pasa perfila este antagonismo con mayor nitidez. Será la guerra social del siglo XX. En esa guerra, tanto el militarismo como la expansión y el imperialismo favorecerán la plutocracia. En primer lugar, la guerra y la expansión favorecerán la corrupción, tanto en nuestros dominios como aquí. En segundo lugar, desviarán la atención de la gente respecto de lo que estén haciendo los plutócratas. En tercer lugar, producirán enormes gastos del dinero del pueblo, cuyos beneficios no irán a parar a la hacienda pública, sino a manos de unos pocos intrigantes. En cuarto lugar, exigirán una mayor deuda pública y unos impuestos mayores, y todo eso suele incidir especialmente en la desigualdad de los hombres, porque cualquier carga social pesa más sobre los débiles que sobre los fuertes, de modo que debilita a los primeros y fortalece a los segundos. En consecuencia, la expansión y el imperialismo suponen una enorme arremetida contra la democracia.¹⁰⁷

Sumner evaluó que el pueblo norteamericano no advertía que, en realidad, se obtenían pocos beneficios al lado de los males que acarreaba la aventura imperial. Tal como ocurre en toda guerra, planteaba que era cuantiosa la mano de obra despilfarrada, al igual que el aumento de los impuestos y deudas, entre las muchas desventajas que dejaban estas conflagraciones aventureras. El peor fantasma para Sumner, además, era el robustecimiento de la plutocracia.

Palabras finales

Sumner identificó en la guerra un acto penoso que, no obstante, fue reconocido como conveniente.¹⁰⁸ La contradicción, afirmó, estaba muy lejos de resolverse. Frente a ella, tal como se ha sugerido, su postura quedó próxima a los que estaban convencidos sobre el mal negocio que entrañaba la guerra. Estimó que no solo laceraba los intereses del perdedor o de terceros; desde su perspectiva, el bando triunfante también acopiaba pérdidas. Arguyó, subsiguientemente, que la guerra, en lugar de arrojar como saldo ganadores y perdedores, únicamente ofrecía distintos niveles de derrota. Sumner sentenció: algunos pierden más que otros, pero nadie puede “cantar victoria” sin costos significativos.

Estas consideraciones en desmedro de la acción bélica, empero, no lo llevaron a eclipsar el importante papel que jugó y juega el conflicto y la guerra en la historia. Las bondades de la paz no lo cegaron como para desconocer aquello que visibilizaba como un aporte crucial de la guerra al proceso civilizatorio. La guerra podía ser un factor, reconoció, que atrasara el ritmo del despliegue histórico de la humanidad y aplazara el desarrollo del poder humano

¹⁰⁷ Sumner, W. G. (2005) [1898]; “La conquista de los Estados Unidos por España”; op cit; pp. 229, 230 y 231.

¹⁰⁸ Sumner, W. G. (1948) [1906]; *Los pueblos y sus costumbres...*; op cit; p. 16.

sobre la naturaleza.¹⁰⁹ Ahora bien, también expuso que la guerra aceleraba y estimulaba su avance. Sumner, justamente, respecto del progreso social, achacó a la guerra postergaciones y celeridades; repuso, como marcamos, muchos aspectos de la guerra que favorecían al sistema social. Sumner planteó que, a medida que la sociedad avanzaba y se alejaba en el tiempo de la época en que se formaron los primeros agrupamientos humanos, la guerra ampliaba la producción de consecuencias no intencionadas, tales como la cohesión, la capacidad organizativa y la disciplina, que resultaban provechosas para el desenvolvimiento del sistema social.¹¹⁰

Desde ese balance, la sociología de Sumner no proyectó esperanzas pacifistas o igualitarias como una gran porción del mundo intelectual y político de su tiempo.¹¹¹ Las expectativas sobre la igualdad por la irradiación del bienestar económico y material, o aquel optimismo formulado por la sociología del siglo XIX que proyectaba un camino directo de progreso rumbo a la paz, no integró su teoría. Si bien participaba en parte de esta proposición, también mostraba muchos reparos. Sumner era realista y de manera consecuente pensaba que la guerra nunca sería absolutamente abolida, contradiciendo las prédicas del humanismo.¹¹²

Al mismo tiempo, la filosofía social del mundo civilizado moderno está saturada de humanitarismo y sentimentalismo flácido. El humanitarismo está en la literatura; por ella se lleva al público lector a suponer que el mundo avanza en una línea que ellos llaman “progreso” hacia la paz y el amor fraterno. Nada podría estar más equivocado. Leemos sobre la primera ley y la guerra constante en la Edad Media y pensamos que la vida debe haber estado llena de conflictos y derramamiento de sangre entonces; pero la guerra moderna golpea a toda la población con un peso espantoso a lo largo de todos los años de paz.¹¹³

¹⁰⁹ Davie, Maurice R. (Ed.) (1940); *Sumner Today*. New Haven: Yale University Press; p. 168.

¹¹⁰ Malesevic, Sinisa (2015); “La guerra y la teoría sociológica”; en *Prohistoria*. Año XVIII, No. 23. Rosario, junio; p. 7.

¹¹¹ Adcock, R.; op cit; p. 31. Recordemos que sobre finales del siglo XIX y el inicio del siglo XX se extendieron las expectativas sobre un mundo pacificado. Un observable de esta tendencia está condensado en la *Exposición Internacional de París* de 1900, que los anfitriones postularon como “un símbolo de paz y armonía”. Las predicciones sobre un mundo pacífico eran la inferencia de varias décadas sin conflictos armados entre las principales potencias. En efecto, posteriormente a las guerras napoleónicas se decía que Europa había transitado la etapa menos belicosa desde el imperio romano. Este clima fue robustecido durante el siglo XIX por muchas iniciativas que buscaban apuntalar la vida armoniosa tanto en Europa como en los Estados Unidos, donde se fundaron 45 nuevas asociaciones por la paz entre 1900 y 1914. MacMillan, Margaret (2013) *1914. De la guerra a la paz*. Madrid: Turner; 368.

¹¹² Huntington, Samuel Phillips (1957); *The Soldier and the State: The Theory and Politics of Civil–Military Relations*. USA: Harvard University Press, p. 225.

¹¹³ Sumner, W. G. (1911) [1903]; “War”; op cit; p. 29.

Sumner mostró conciencia sobre el poder destructivo de la guerra moderna que, si bien devenía en un acontecimiento episódico, cuando entraba en escena provocaba tal número de muertos y una devastación tan intensa que opacaba los períodos carentes del estruendo de las balas y los cañones. De igual modo, no olvidaba realizar propuestas con el fin de neutralizar o al menos mitigar tales efectos. En su voluminoso *Folkways*, algunos años después de la conferencia titulada “War”, pareció conciliarse mejor con la sociología industrialista de inspiración sansimoniana y comteana, aunque hay insinuaciones al respecto en sus escritos desde la guerra hispanoamericana.

Es preciso crear instituciones que mantengan las actividades de la sociedad en causas de orden, deliberación, paz, antagonismo regulado de intereses y justicia, de acuerdo con los *mores* de la época. Estas instituciones ponen fin a la explotación y armonizan los intereses dentro de la libertad civil. Pero ¿cuál es el origen de esas instituciones? Las masas no las han creado nunca. Son producto de los *mores*, logrados por selección de los hombres y las clases dirigentes que asumen el dominio del poder colectivo de la sociedad y lo orientan hacia las actividades que servirán (así lo calculan) los intereses que conceptúan los más importantes. Si se producen cambios en las condiciones de existencia, cambian los intereses que han de servirse. Los grandes inventos y los descubrimientos, la apertura de nuevos continentes, métodos novedosos para la agricultura y el comercio, sistemas monetarios y financieros originales, mejoras de la organización estadual, aumentan el poderío económico de la sociedad y la fuerza de que dispone el Estado. Los intereses industriales desplazan a los militares y monárquicos, convirtiéndose en aquellos que el Estado tiende a servir principalmente, no porque se produzca una “marca de progreso” sino porque el industrialismo da mayores y más variadas satisfacciones a los gobernantes. El aumento de *potencia* es la condición primaria. Las clases luchan entre sí para conquistar el nuevo poderío. La paz es necesaria, pues sin ella, nadie podrá aprovechar esa fuerza. Transacciones, ajustes de intereses, cooperación antagónica, armonía se derivan de ello, y las instituciones son los mecanismos reguladores mediante los cuales la guerra es reemplazada por el sistema.¹¹⁴

Sumner compendió ciertas proposiciones de Spencer que lo hacían regresar al viejo axioma que diferenciaba un industrialismo que construye de aquella variante militarista de la sociedad que principalmente destruye.¹¹⁵ Desde esta óptica, el militarismo y el industrialismo tienen dos enfoques muy diferentes. Para ilustrar el disentimiento, Sumner nos invita a caer en la cuenta de que el comercio y la industria diseñaban un trazo para el ferrocarril que seguramente no encajaba con la necesidad que dictaba la estrategia militar. Los planes militares, por lo tanto, rectificaban el recorrido de las vías según una lógica que

¹¹⁴ Sumner, W. G. (1948) [1906]; *Los pueblos y sus costumbres...*; pp. 72 y 73.

¹¹⁵ Orozco, José Luis (1990); “Los inicios de la conjunción científica en E. U.”; en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*. Vol. 36, No. 141. México; p. 68.

podía entorpecer las actividades diseñadas en torno al mercado. El poder militar propugnaría siempre, advertía, por el despliegue de otras vías. Así, esta situación se replicaba en muchas otras circunstancias de la vida de un país. El esfuerzo bélico acaparaba todo para sí y perdía la dimensión de los otros aspectos que auxiliaban al industrialismo. Sumner sintetizó esas divergencias con un juego de preguntas:

Bajo el militarismo, la pregunta principal es: ¿Aumentará nuestro poder de lucha? Bajo el industrialismo: ¿Aumentará la comodidad de nuestra gente? De cada nueva invención, el militarismo pregunta: ¿Cómo puede ser útil para fines militares? El industrialismo pregunta: ¿Cómo aumentará nuestro poder sobre la naturaleza para suplir nuestras necesidades?¹¹⁶

Sumner explicó, además, que el militarismo destilaba un temperamento y cierta filosofía que resultan acordes con los requisitos del imperialismo y, por ende, contrario al espíritu de la Declaración de la Independencia norteamericana. Adujo que no se podía tener una doble moral. Los principios que defendían los norteamericanos igualmente debían ser respetados cuando los levantaban otros pueblos. Convocó a todos a medir los acontecimientos con la misma vara. El militarismo junto con el imperialismo desestimaban los motivos racionales que eran reemplazados por “caprichos de vanidad e ira”. El militarismo y el imperialismo, argumentó, reivindicaban el ataque y la dominación en vez de procurar la conciliación. Negaban la posibilidad de pensar en alguna concesión y siempre preferían la opción por la lucha, sin contemplar los intereses de otros ni sus sentimientos. Tenían apego a la violencia y vigor, sin disimular la crueldad o la extensión sin límites de un “egoísmo cínico”.¹¹⁷

Independientemente de los alcances de sus planteos de aparente corte pacifista, y más allá de toda opinión sobre la guerra, apologética o condenatoria, reitero, nuestro autor anuncia que ella seguiría acompañando la bitácora de la humanidad. Desechaba toda negación ideológica sobre la no recurrencia de la guerra, aunque luego atenuó su diagnóstico e hizo sugerencias para evitarla, pero sin grandes esperanzas. Por este tipo de pronunciamiento Bouthoul confina a Sumner en el espacio del pensamiento sociológico que desea un progreso de la humanidad que suprima las guerras o al menos encuentre paliativos para amortiguar

¹¹⁶ Sumner, W. G. (1911) [1901]; “The predominant issue”; in Sumner, W. G.; *War and Other Essays*; op cit; p. 348.

¹¹⁷ Sumner, W. G. (1911) [1901]; “The predominant issue”; in Sumner, W. G.; *War and Other Essays*; op cit; p. 348.

sus devastaciones. Lo acerca, así, a la perspectiva intelectual del sociólogo francés Gabriel Tarde.¹¹⁸

Sin duda, también son interesantes las consideraciones de Samuel Huntington sobre nuestro autor. Identifica a Sumner como uno de los más conspicuos exponentes de una versión de la “ideología de los negocios”. Específicamente, lo presenta en tanto autor de una reformulación de la “teoría pacifista de los negocios”, según las nuevas condiciones existentes a finales del siglo XIX.¹¹⁹ Para ese pacifismo comercial, aduce Huntington, el conflicto no se daba más entre instituciones, clases o grupos. La conflictividad se localizaba entre dos formas de vida: militarismo versus industrialismo.¹²⁰

A través de este prisma, podemos colegir que Sumner suponía que el militarismo cobraba fuerza para eclipsar al industrialismo, de modo tal que la proyección que efectuaba el primer profesor de sociología del mundo sobre el porvenir global no descartaba “un espantoso derramamiento de sangre” producto de revoluciones y guerras.¹²¹ El choque entre los grandes Estados por la adquisición de territorios asomaba en su horizonte analítico. Frente a esa probabilidad, advirtió que la colonización y la extensión territorial siempre traían

¹¹⁸ Bouthoul, G.; op cit; p. 193.

¹¹⁹ Huntington, Samuel P. (1964); *El soldado y el Estado*. Buenos Aires: Círculo Militar; p. 290.

¹²⁰ “El pacifismo comercial tenía tres importantes fuentes. Primera y más importante, estaba el moralismo religioso asociado con la versión puritana de la ética protestante. La guerra, por supuesto, era el mal, porque involucraba la matanza. Pero la adoración del trabajo y el acento en los valores naturales de la productividad económica llevaron a esta ética a condenar el militarismo con más razones ya que era un “derroche”. La guerra misma era activamente destructiva de la riqueza económica. Las fuerzas militares en la paz eran pasivamente destructivas, puros consumidores, parásitos que vivían del fruto del trabajo de los demás. Segundo, el liberalismo clásico económico y el utilitarismo contribuyeron al pacifismo comercial con una creencia optimista en la naturaleza humana, en la razón y en el progreso. El libre comercio internacional, al multiplicar los contactos entre los hombres y crear mutuos intereses, llegaría a convertir a la guerra en algo imposible... La tercera fuente del pacifismo comercial fue la más sorprendente e inmediata: el darwinismo social, que dominaba al mundo intelectual del último tercio del siglo XX. En la superficie, la aplicación de la teoría de la supervivencia del más apto a la sociedad humana resultaría en la glorificación y aceptación del conflicto y la guerra, como esenciales para el progreso humano. En un clima intelectual diferente, como el de Alemania, el darwinismo social fue desarrollado según estas líneas, por Benhardi y otros. En Inglaterra y Norteamérica, empero, la versión belicosa del darwinismo social encontró menos apoyo, aunque contribuyó al imperialismo de fines de siglo. Su forma prevaleciente fue altamente pacifista. La “lucha” de la teoría darwinista fue redefinida para significar competencia económica y el “más apto” que debía sobrevivir era identificado con el más productivamente eficiente. En épocas anteriores, la lucha por la supervivencia había significado la lucha por el mayor poder. Ahora significaba la lucha por el mejor precio”. Huntington, S. P. (1964); op cit; pp. 290, 291 y 292.

¹²¹ Sumner, W. G. (1911) [1903]; “War”; op cit; p. 29. Sumner, W. G. (1992); “The Bequests of the Nineteenth Century to the Twentieth”, in Bannister. R. C. (Ed.) (1992); op cit; p. 376.

aparejadas cargas para los ciudadanos y no ganancias.¹²² Sin embargo, sabía que este tipo de planteo no era compartido por los gobiernos. Por eso, dejó constancia de la situación que deparaba el futuro: “Es muy probable que se produzca una guerra, e incluso que el siglo esté tan lleno de guerras como lo estuvo el siglo XVIII y por las mismas razones”.¹²³ A este pronóstico, tal como ocurrió con varios otros, la realidad no logró refutarlo, pues los Estados que él interpelaba no detuvieron su rumbo hacia la Gran Guerra.

Bibliografía:

Adams, Bert N. and Sydie, R. A. (2002); *Classical Sociological Theory*. California: Pine Forge Press.

Adcock, Robert (2009); *Rethinking Classical Liberalism in “Progressive” Times: The Divergent Sociologies of Spencer and Sumner*. Conference Paper. Department of Political Science. The George Washington University. USA. In: <https://dra.american.edu/islandora/object/auislandora%3A31720/datastream/PDF/view>.

Bannister, Robert C. (1979); *Social Darwinism Science and Myth in Anglo-American Social Thought*. USA: Temple University Press Philadelphia.

Bannister, Robert C. (Ed.) (1992); Introduction. *On Liberty, Society and Politics: The Essential Essays of William Graham Sumner*. Indianapolis: Editorial Liberty Fund.

Barnes, Harry Elmer (1919); “Two Representative Contributions of Sociology to Political Theory: The Doctrines of William Graham Sumner and Lester Frank Ward”; in *American Journal of Sociology*. Volume 24. No. 1. USA. In: <https://www.journals.uchicago.edu/doi/pdf/10.1086/212982>

Bastos Boubeta, Miguel Anxo (2005); “Antiimperialismo de derechas: la tradición política del aislacionismo norteamericano”; en *Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas (RIPS)*. Volumen 4. No. 1. España (pp. 97/113).

Benegas Lynch, Alberto (h) (2012); “William Graham Sumner: Una luz potente”, en *El Diario de América* (EE.UU.). 24 de mayo. En: <https://www.elcato.org/william-graham-sumner-una-luz-potente>.

Bledstein, Burton (1974); “Noah Porter versus William Graham Sumner. *Church History*”, in 43 (3) (pp. 340/349). Published online by Cambridge University Press. DOI:

¹²² Sumner, W. G. (1911) [1896]; “The fallacy of territorial extension”; op cit; p. 292.

¹²³ Sumner, W. G. (1992); “The Bequests of the Nineteenth Century to the Twentieth”, op cit; p. 376. Véase, Scott Trask, H.A. (2004); op cit; p. 25. También, consultar Adcock, R.; op cit; p. 31.

<https://doi.org/10.2307/3163756>.

Bodenheimer, Edgar (2000); “El positivismo Sociológico. Teoría del Derecho”; en *Revista Jurídica Cajamarca*. Año 1. No. 1. Septiembre/diciembre. Perú: Universidad Nacional de Cajamarca.

Bonavena, Pablo (2010); “Lo extraordinario y lo normal en las teorías sociológicas: consideraciones sobre la relación entre sociología y guerra”; en *Revista Cuestiones de Sociología*. No. 5/6. La Plata: Departamento de Sociología. Prometeo (pp. 295/312).

Bouthoul, Gastón (1984); *Tratado de polemología*. Madrid: Ediciones Ejército.

Brinton, Daniel G. (1901); *Races and peoples. Lectures on science of ethnography*. Philadelphia: David McKay Publisher.

Carabaña, Julio (2003); “El conflicto social”; en Álvaro Estramiana, José Luis (2003); *Fundamentos sociales del comportamiento humano*. Barcelona: Editorial UOC (pp. 243/296).

Casella, Salvador E. (1965); “Causas y antecedentes diplomáticos de la guerra hispanoamericana: 1895-98”; en *Revista de Ciencias Sociales*. Recinto de Río Piedras. Universidad de Puerto Rico: Centro de Investigaciones Sociales (pp. 55/75).

Coller, Xavier (2003); *Canon sociológico*. Madrid: Tecnos.

Coser, Lewis (1961); *Las funciones del conflicto social*. México: FCE.

Coser, Lewis (1970); *Nuevos aportes a la teoría del conflicto social*. Buenos Aires: Amorrortu.

Coser, Lewis (1988); “Corrientes sociológicas de los Estados Unidos”, en Bottomore, Tom y Nisbet, Robert (comps.); *Historia del análisis sociológico*, Buenos Aires: Amorrortu.

Curtis, Bruce (1981); *William Graham Sumner*. Boston: Twayne Publishers.

Davie, Maurice R. (Ed.) (1940); *Sumner Today*. New Haven: Yale University Press.

Espina, Álvaro (2005); “Presentación. El darwinismo social de William Graham Sumner revisitado: contra la plutocracia, la democracia y el imperialismo”; en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*. No. 110. España (pp. 201/211).

Farís, Robert E. L. (1965); “La sociología norteamericana”; en Gurvitch, Georges y Moore, Wilbert E.; *Sociología del Siglo XX*. España: El Ateneo. Tomo II (pp. 32/52).

Evan, Willian M. (2019); “El derecho como instrumento de cambio social”; en Gouldner, Alvin W. y Miller, S.M. (ed.); *Sociología aplicada: problemas y oportunidades*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas (pp. 355/364).

Fucito, Felipe (2003); *Sociología del derecho: el orden jurídico y sus condicionantes sociales*. Argentina: Editorial Universidad.

González Seara, Luis (1971); *La sociología, aventura dialéctica*. Madrid: Tecnos.

Gouldner, Alvin W. y Miller, S.M. (ed.); *Sociología aplicada: problemas y oportunidades*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas (pp. 355/364).

Gumpłowicz, Ludwig (1944); *La lucha de razas*. Madrid: La España Moderna.

Hawkins, Mike (1997); *Social Darwinism in European and American thought, 1860–1945: nature as a model and nature as a threat*. New York: Cambridge University Press.

Hill, Michael R. (1993); “Review of *Harriet Martineau: First Woman Sociologist*, by Susan Hoecker-Drysdale”; in *Contemporary Sociology*. Vol. 22. No. 5 (pp. 762/763).

Hofstadter, Richard (1992); *Social Darwinism in American Thought*. Boston: Beacon Press.

Huntington, Samuel Phillips (1957); *The Soldier and the State: The Theory and Politics of Civil–Military Relations*. USA: Harvard University Press.

Huntington, Samuel P. (1964); *El soldado y el Estado*. Buenos Aires: Círculo Militar.

Jenkins, Thomas R. (1962); “William Graham Sumner: Conservative Advocate”; in *Plan B Papers*. No. 182. In: https://thekeep.eiu.edu/plan_b/182

Keller, Albert Galloway (1910); “William Graham Sumner”; in *American Journal of Sociology*. Vol. 15. No. 6. May. (pp. 832/835). In: https://www.jstor.org/stable/2762491?seq=1#metadata_info_tab_contents.

Knutsen, Torbjorn L. (1997); *History of International Relations Theory*. Great Britain: Manchester.

Lema Añón, Carlos; “El darwinismo social en la historia de los derechos”; en Ansuátegui Roig, Francisco Javier; Rodríguez Uribe, José Manuel; Barba Martínez, Gregorio Peces; Fernández García, Eusebio coordinadores; *Historia de los derechos fundamentales*. Tomo III: Siglo XIX. Volumen I. Libro II. España: Editorial Dykinson (pp. 1045/1120).

Leonard, Thomas C. (2005); “Mistaking Eugenics for Social Darwinism: Why Eugenics Is Missing from the History of American Economics”; in *History of Political Economy* 37 (Suppl_1); p. 215 (pp. 200/233). Doi: https://doi.org/10.1215/00182702-37-Suppl_1-200

López Cerezo, José A. y Luján López, José Luis (1989); *El artefacto de la inteligencia: una reflexión crítica sobre el determinismo biológico de la inteligencia*. España. Anthropos. Universidad del País Vasco.

- Marín, Antonio Lucas (1995); *Fundamentos de teoría sociológica*. Madrid: Tecnos.
- Marín, Antonio Lucas (2011); *Sociología: el estudio de la realidad social*. Pamplona: EUNSA.
- Martindale, Don (1971); *La Teoría sociológica: Naturaleza y escuelas*. Madrid: Aguilar.
- MacMillan, Margaret (2013) *1914. De la guerra a la paz*. Madrid: Turner.
- Malesevic, Sinisa (2015); “La guerra y la teoría sociológica”; en *Prohistoria*. Año XVIII, No. 23. Rosario.
- Mercado Maldonado, Asael (2013); *La sociología norteamericana: un diagnóstico de nuestro tiempo*. México: Universidad Autónoma del Estado de México.
- Morales Domínguez, J. Francisco (1999); “Naturaleza y tipos de conflictos”; en Yubero Jiménez, Santiago y J. Francisco Morales Domínguez (coord.); *El grupo y sus conflictos*. Universidad de Castilla La Mancha: España (pp. 11/24).
- Morales, J. Francisco y Fernández Arregui, Saulo (2009); “Perspectivas psicológicas de la discriminación y la exclusión social”; en Yubero Jiménez, Santiago; Larrañaga, Elisa; Morales, J. Francisco y Bueno Abad, José Ramón; *Exclusión: nuevas formas y nuevos contextos*. España: Universidad de Castilla. La Mancha.
- Oltra, Benjamín; Garrigós, José Ignacio; Mantecón, Alejandro, Oltra; Christian (2004); *Sociedad, vida y teoría: la teoría sociológica desde una perspectiva de sociología narrativa*. Segunda Edición. España: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Orozco, José Luis (1990); “Los inicios de la conjunción científica en E. U.”; en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*. Vol. 36, No. 141. México (pp. 67/87).
- Orozco, José Luis (1994); *Notas y nuevas notas del país darwiniano*. México: Universidad Autónoma de Baja California.
- Puga Espinosa, María Cristina; Peschard Mariscal, Jacqueline y Castro Escudero, Teresa (2007); *Hacia la Sociología*. Cuarta edición. México: Pearson.
- Raico, Ralph (2020); “The Conquest of the US by Spain”. *Mises Institute*. In: <https://mises.org/library/conquest-us-spain>.
- Richman, Sheldon (2007); “The Goal Is Freedom: Laissez-Faire Anti-Imperialism”. Foundation for Economic Education. In: <https://fee.org/resources/the-goal-is-freedom-laissez-faire-anti-imperialism/>.

Riggenbach, Jeff (2013); “El verdadero William Graham Sumner”; en *Centro Mises. Economía Austríaca y Filosofía de Libertad*. En: <https://www.mises.org/es/2013/12/el-verdadero-william-graham-sumner/>.

Rodríguez Genovés, Fernando (2005); “W. G. Sumner: el hombre olvidado”; en *El Catoblepas*. No. 37. Marzo. En: <http://nodulo.org/ec/2005/n037p07.htm>.

Roucek, Joseph S. (2014); “La sociología de la violencia”; en *Revista Mexicana de Opinión Pública*. No. 16. México: Revistas UNAM Enero/junio. En: <http://www.revistas.unam.mx/index.php/rmop/article/view/44802>.

Say, Jean Baptiste (1803); *Traité d'économie politique*. Volumen II. París

Scott Trask, H. A. (2004); William Graham Sumner: against democracy, plutocracy and imperialism”; in *Journal of Libertarian Studies*. Volume 18. No. 4 (Fall). Ludwig von Mises Institute.

Sijuwade, Philip O. (1999); “William Graham Sumner and the Scottish moral philosophers of the eighteenth century: the missing link”; in; in *International Review of Modern Sociology*. Vol. 29, No. 2. Autumn (pp. 49/57).

Sumner, William Graham (1878); “Socialism”, in *Scribners Monthly*. October. Vol. 16, No. 6 (pp. 887/888). In: https://www.ruhr-uni-bochum.de/gna/Quellensammlung/06/06_socialdarwinistsumner_1878.htm.

Sumner, William Graham (1881) ”; “Sociology”; in *Princeton Review*. USA. In “Sociology” and “Socialism”. In: http://www.robmacedougall.org/1805/1805_19_Sumner.pdf.

Sumner, William G. (1883) [1879]; “The influence of commercial crisis on opinions about economic doctrines”, in Sumner, W. G.; *The forgotten man*. USA: Editor Albert Galloway Keller.

Sumner, W. G. (1883); “Lectures on the History of Protection in the United States”. *Delivered Before the International Free-Trade Alliance*. In: <https://socialsciences.mcmaster.ca/econ/ugcm/3ll3/sumner/lectures.pdf>.

Sumner, William G. (1906); *Folkways. A study of the sociological importance of usages, manners, customs, mores, and morals*. Illinois, USA: Round Table Books.

Sumner, William G. (1906); *Folkways. A study of the sociological importance of usages, manners, customs, mores, and morals*. USA. Boston: Ginn. In: <https://archive.org/stream/folkwaysstudyofssumn?ref=ol>.

Sumner, William G. (1911) [1903]; *War and Other Essays*. New Haven: Yale University Press: Ed. Albert Galloway Keller. In: <https://oll.libertyfund.org/titles/345>.

Sumner, W. G. (1911) [1896]; “The fallacy of territorial extension”; in Sumner, William G. (1911) [1903]; *War and Other Essays*; op cit (pp. 285/293).

Sumner, W. G. (1911) [1889]; ¿Do we want industrial peace?; in Sumner, William G. [1903]; *War and Other Essays*. New Haven: Universidad de Yale (pp. 229/246).

Sumner, W. G. (1911) [1901]; “The predominant issue”; in Sumner, W. G.; *War and Other Essays* (337/354).

Sumner, William Graham (1913); *Earth-Hunger and Other Essays*. New Haven. Yale University Press: ed. Albert Galloway Keller.

Sumner, William G. (1914); *The Challenge of Fact and other essays*. New Haven: Yale University Press (pp. 91/104). In: <https://oll.libertyfund.org/titles/sumner-the-challenge-of-facts-and-other-essays>.

Sumner, William G. (1914) [1886]; “Industrial law. Industrial war”; in Sumner, William G.; *The Challenge of Fact and other essays*. New Haven: Yale University Press (pp. 91/104). In: <https://oll.libertyfund.org/titles/sumner-the-challenge-of-facts-and-other-essays>.

Sumner, William G. (1974) [1883]; *What Social Classes Owe to Each Other*. Idaho: The Caxton Printers LTD. En: https://cdn.mises.org/What%20Social%20Classes%20Owe%20Each%20Other_2.pdf.

Sumner, William Graham (1948) [1906]; *Los pueblos y sus costumbres. Estudio de la importancia sociológica de las costumbres, la etiqueta y los preceptos morales*. Buenos Aires: Kraft.

Sumner, W. G. (1992) [1901]; “The Bequests of the Nineteenth Century to the Twentieth”, in Bannister, Robert C. (Ed.); *On Liberty, Society and Politics: The Essential Essays of William Graham Sumner*. Indianapolis: Editorial Liberty Fund (pp. 375/392). In: <https://oll.libertyfund.org/pages/sumner-bequests>.

Sumner, William Graham (2005) [1898]; “La conquista de los Estados Unidos por España”; en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*. No. 110. España (pp. 213/236).

Sutter, Erin (2013); *The Great Generalization: The Theory of Evolution in American Political and Social Thought after the Civil War*. Ashbrook Scholar Program. Student Publications. In: <https://ashbrook.org/wp-content/uploads/2013/06/Sutter-Printable.pdf>.

Terrén, Eduardo (2002); *Razas en conflicto*. Barcelona: Anthropos Editorial.

Timasheff, Nicholas S. (1980); *La teoría sociológica*. México: FCE.

Valenzuela, Ricardo (2017); “Chispas de libertad: Wiliam Graham Sumner”; en *Asuntos Capitales*. México. 3 de mayo. En: <http://www.asuntoscapitales.com/articulo.asp?ida=8439>.

Villaverde, María José (2017); “The long road to religious toleration: Emeric Crucé predecessor of the enlightenment”; in *History of European Ideas*. Vol. 43. Issue 4 (pp. 288/301). DOI: 10.1080/01916599.2016.120359.

Waltz, Kenneth N. (1959); *El hombre, el Estado y la guerra*. Buenos Aires: Editorial Nova.

Webster, Hutton (1929); “Sumner and Keller's Science of Society” (Reviewed Work: The Science of Society by William Graham Sumner, Albert Galloway Keller); in *The Quarterly Journal of Economics*. Vol. 43. No. 2. Feb. (pp. 324/337).

Zwolinski, Matt (2013); “William Graham Sumner Part. 1 and 2: The Rejection of Social Darwinism”; in *Libertarianism*. Part 1: <https://www.libertarianism.org/blog/william-graham-sumner-part-1-laissez-faire-social-darwinism>. Part 2: <https://www.libertarianism.org/blog/william-graham-sumner-part-2-rejection-social-darwinism>.